ALBUM DE RECUERDOS

dedicado á la memoria del
Señor General de División

Don Vicente Orantes

→22 DE ENERO DE 1910←

GUATEMALA, CENTRO AMERICA

TIPOGRAFIA NACIONAL

ALBUM DE-- RECUERDOS

dedicado á la memoria del
Señor General de División

Don Vicente Orantes

GUATEMALA, CENTRO AMERICA

TIPOGRAFIA NACIONAL

22 DE ENERO DE 1910



General Don Vicente Orantes

INDICE

Páginas

Páginas

Una idea feliz para un hombre de valer

UNA CORONA fúnebre es el desfile respetuoso ante el sepulcro de alguien: en él cantan la virtud los poetas, los hombres de espada hablan el lenguaje del deber que parece labrado á golpes de tizona; los hombres que no saben hacer otra cosa, se descubren; las mujeres arrojan besos y los niños flores.

El señor Presidente ha llamado á sus amigos para que dejen constancia en estas páginas, de lo que pensaron acerca del General Orantes, un servidor leal del país, y ha desfilado simbólicamente ante el túmulo del luchador, en esta fecha, una legión de hombres á quienes une y aprieta el más poderoso lazo de la vida: el correligionarismo; es decir el ideal político que resuelve según un criterio común la felicidad de la Patria.

Hacer justicia, tal ha sido el propósito; en columna de honor desfilan ante la memoria del General Orantes por voluntad del Jefe, y voluntad propia, los que han admirado la obra del militar, estrecharon la mano del amigo, ó conocieron la honorabilidad del hombre y del funcionario.

Siento tristeza pensando en la desaparición de este hombre anciano, pero no siento pena: su vida alumbra el camino, y hacia el porvenir avanza la juventud llena de los nobles ideales que animaron al General Orantes; la tumba ha devorado el cuerpo, pero el ejemplo nadie lo destruye.

ED. AGUIRRE VELÁSQUEZ.

REMEMBRANZA POSTUMA

En la vida de los recuerdos persisten las memorias queridas, que se agrandan y se distinguen mejor al través del espacio. Corre el tiempo con vertiginosa rapidez, y cuando culminamos en la cima de la vida, son más vigorosas las impresiones que conmemoran los años de nuestra juventud.

Me encontraba yo en esa edad risueña, en que el corazón se abre al sentimiento, el alma á las aspiraciones heróicas y la energía á las grandes empresas. La Reforma en Guatemala había abierto brecha á la tradición y arrollado preocupaciones añejas y bastardos intereses. El carro demoledor del Progreso trituró en su carrera cuanto le opusieron las ideas retrógradas. Barrios, el grande, que me distinguió como á un hijo suyo, me hizo llamar un día del año 1881, y confiando en mi lealtad, me nombró Gobernador del Castillo de San José. "Por algunos meses, me dijo, tengo que dejar el país. Partiré para los Estados Unidos de América. Confío á Ud. el Fuerte de la Capital. A nadie le entregue Ud. el armamento. Mientras Ud. viva, estoy seguro que me será fiel." Hasta el 2 de septiembre de 1883, tuve á mi cargo la Gobernación del fuerte.

Don Vicente Orantes era el segundo en el mando del Castillo y en el cuidado del armamento de la República. Tenía el grado de Comandante, después de ir ascendiendo paso á paso, por batallas ganadas y servicios relevantes. Era entonces aquel militar un hombre de cincuenta años, ágil, activo, blanco de color, con barba rubia y marcial gallardía. Su caracter recto y firme, su genio moderado y bondadoso, sus modales finos y su corazón excelente. Los subalternos le respetaban y le querían. De palabra suave y fácil, de inteligencia despejada, de alma buena, era militar pundonoroso, chapado en la honradez y en la ordenanza. La ambición desatentada jamás caldeó su cerebro y la lealtad parecíale prenda natural, necesaria, indiscutible en el soldado. "Quien tenga Patria, decía, que la honre, y quien no tenga Patria, que la conquiste."

De recuerdos y de hogar vivió hasta su muerte el que consagró su vida al cumplimiento del deber, exacto, desinteresado y patriótico. Varias veces le ofrecí licencia en la fatiga diaria, y no hizo uso ni un solo día para el descanso.

Son más puras las silenciosas glorias del que modesto consagra toda su existencia al suelo que le vió nacer, que la ruidosa fama, el vano alarde, los mentidos y vocingleros méritos, de los que á su sombra medran sin conciencia.

En el ramo económico, fué *don Vicente Orantes* tan íntegro, que con los productos de materiales de construcción y cascavillos que en el Fuerte de San José se vendían, pudo levantarse nuevo, sólido y hermoso almacén de municiones de guerra, y quedaron arreglados con decente menaje las oficinas, pabellones de oficiales y cuarteles de tropa.

Era verdaderamente honrado, en toda la extensión de la palabra, el *señor Orantes.* Dejó memoria intachable, con estela de patrióticos servicios.

A tan salientes cualidades mereció aquel notable militar sus ascensos. Cuando yo entré al Castillo, era él Comandante, y á mi salida, tuve la satisfacción de que portara los despachos de Coronel. La exactitud fué su norma, la formalidad su idiosincracia, la modestia el rasgo característico de su espíritu. El valor sereno daba temple á aquella alma generosa y pura.

Justo tributo de remembranza póstuma, ha querido rendir en esta fecha, que es la del natalicio de aquel soldado ejemplar, el Benemérito ciudadano que se encuentra al frente de los destinos del país, el Presidente Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, que sabe enaltecer la memoria de los que honraron á la Patria.

¡Fueron los *Generales Luis Molina y Vicente Orantes* dechados de enseñanza militar, prototipos de civismo, dignos de imitarse por las generaciones venideras!

Guatemala, 22 de enero 1910.

F. Anguiano.

* * *

HACÍA MUY POCOS días que lamentábamos todos el fallecimiento del Señor General Don Luis Molina. Su recuerdo triste aun estaba fresco y vivo, cuando un nuevo dolor, la muerte del Señor General don Vicente Orantes, vino á amargar más mi corazón, agotado ya por la pérdida de tantos seres queridos y de tantos amigos buenos, que han mitigado mis penas con su trato amable y que han fortalecido mi espíritu cansado, con el ejemplo de su carácter catoneano.

Molina y Orantes fueron dos hombres moralmente iguales. La misma carrera de las armas, que es como el crisol donde se depuran, con la propia sangre, todas las más grandes y nobles virtudes del ciudadano: la misma honradez: los mismos servicios prestaron á la Patria. Ambos, caballeros cultos y modestos; ambos, desinteresados, circunspectos y leales.

Ningún hombre es necesario, con necesidad absoluta, para la marcha de la sociedad. De otro modo la existencia de ésta sería imposible; pero hay momentos históricos en que ciertos hombres sí son necesarios, y hoy, como nunca, hacen falta muchos con las preclaras prendas del General Orantes, porque aun aceptando el concepto más favorable del hombre, que es el de Pascal: *Una mezcla de espíritu y de fango*, es evidente que la sociedad contemporánea necesita de espíritu y no de fango.

La mayoría de los hombres son *salvajes disfrazados*, según Lubbock', que llevan enroscada la serpiente en su corazón, dispuesta á lanzar la ponzoña, en cuanto se atraviese el más pequeño interés personal. Son hombres de bien á medias, honrados interinos, mientras se presenta la oportunidad de ser malvados sin responsabilidades penales.

El General Orantes no pertenecía á este número. Era hombre de bien en todo el sentido de la palabra. Lo mismo obraba

en público que en privado: del mismo modo pensaba en el hogar, que en la calle. Fué ingenuo, franco, inflexible y severo; fué imparcial, sereno y recto.

Cuando se reflexiona sobre el carácter y raras cualidades de hombres, como el General Orantes, ocurre preguntar ¿quién se las ha enseñado? ¿Dónde las han adquirido? No en el medio ambiente social en que vivieron, porque éste más bien era contrario al desarrollo de esas facultades. No en la Escuela por donde pasaron rápidamente. Necesario será entonces convenir en que son hombres excepcionales que nacieron así, para ser buenos, como nacen otros para la cárcel; y de todos modos, cualquiera que sea el criterio con que se juzgue del hecho, cualquiera que sea el método científico de investigación que se adopte, se vendrá siempre á la misma conclusión, es á saber: que el conocimiento y estudio del hombre, precisamente el que más nos interesa, es también el más difícil y complicado de todos.

Arturo Ubico.

ORACION FUNEBRE

que el General Don Aurelio F. Recinos pronunció al ser inhumados los restos del Divisionario Don Vicentes Orantes

SEÑORES:

A designación inmerecida del Ejército, pero que agradezco sobre manera, debo el alto honor de dirigiros la palabra en estos momentos solemnes, en que todos deploramos la desaparición eterna de un ciudadano honrado, de un militar pundonoroso, por mil títulos querido y respetado: el Señor Mayor General del Ejército, General de División Don Vicente Orantes.

Grande fué la emoción con que se recibió tan infausta noticia, no obstante de esperársela con temor por lo quebrantado de la salud del Señor General Orantes, y grande también es el dolor público que esta irreparable pérdida ha causado. Hay seres tan queridos como necesarios que no quisiera uno que desaparecieran nunca de la escena de la vida y á esta categoría correspondía el General Orantes, sus hechos todos lo dicen en muy alta voz.

Hé ahí, Señores, por qué la consternación al saberse su muerte ha sido general entre todas las clases sociales y hé ahí también por qué hoy viste de luto la República entera.

Nació el General Orantes en el Departamento de Amatitlán el año de 1830.

En 1854 y como Cabo 1º, formó parte de las fuerzas que persiguieron la facción denominada de "Los Lucíos" y se encontró en el tiroteo de Mal País.

En octubre de 1856, marchó con las fuerzas guatemaltecas aliadas á la República de Nicaragua á combatir á los filibusteros capitaneados por Guillermo Walker y tomó parte en las acciones de armas de Rivas y San Jorge.

Desde junio de 1857 estuvo con las tropas encargadas de perseguir la facción encabezada por Valentín Alvarez, como Sargento 1º hasta el año de 1861, tomando parte en las acciones de armas de Mataquescuintla y la de Parga.

En 1863 y como Subteniente, asistió á la primera campaña contra El Salvador, y tomó parte en la acción de armas de Coatepeque.

Asistió también á la segunda campaña contra la misma República en dicho año, estando en las acciones de armas de

Santa Ana, Chalatenango, Suyapango, Milingo, sitio de San Salvador, Llano del Angel, hacienda San José y pueblo de Guayabal.

En noviembre de 1871, fué nombrado Comandante del Batallón Canales, puesto que desempeñó hasta Enero de 1872. Durante este tiempo fué herido por una partida de facciosos encabezada por los Muñoz.

El 2 de marzo de 1876, salió á la campaña contra El Salvador al mando de la 2ª Compañía del Batallón Canales, regresando á principios de junio y tomó parte en la acción de armas de Pasaquina. El 25 de julio del mismo año fué alta en el Castillo de San José. Ascendió á Capitán el 21 de junio de 1877, á Comandante el 31 de julio de 1878, á Teniente Coronel el 10 de marzo de 1883 y á Coronel el 8 de agosto de 1885, estando ya de alta en el Estado Mayor de la Plaza, permaneció allí hasta noviembre del mismo año, en que pasó de Comandante del Batallón N° 2. En este Cuerpo estuvo hasta abril de 1886, en que fué nombrado Mayor de Plaza de la Capital, puesto que desempeñó hasta el año 1888, habiendo servido varias veces interinamente la Comandancia de Armas. A continuación fué nombrado Jefe del Fuerte de San José, donde ascendió á General de Brigada el 23 de abril de 1889, allí estuvo hasta el 1º de agosto de 1890.

El 18 de noviembre de dicho año, fué nombrado Inspector General del Ejército de Reserva, puesto que desempeñó hasta el 4 de junio de 1891. En seguida pasó como Jefe del Estado Mayor del Presidente de la República, donde permaneció hasta el 15 de marzo de 1892.

El 16 de septiembre de 1897 fué nombrado de nuevo, Jefe del Castillo de San José, ascendió allí á General de División el 21 de abril de 1898 y permaneció en este puesto hasta el 22 de febrero de 1899, en que fué nombrado Mayor General del Ejército, cuyo alto empleo ejerció hasta el momento de su muerte.

El total de servicios es de 45 años, 11 meses y 5 días hasta el 31 de diciembre del año próximo pasado y el aumento por abonos del tiempo de campaña de 7 años, 2 meses y 12 días hasta el 31 de julio de 1906.

En virtud de los importantes servicios que prestó en la última campaña contra Honduras y El Salvador, el Señor Presidente de la República, tuvo á bien otorgarle, con el correspondiente diploma, la Cruz de Honor, creada por Decreto Gubernativo de 21 de julio de 1906.

¡Qué hoja de servicios tan limpia y brillante la del ilustre extinto! Paso tras paso, en un orden riguroso de servicios y

de ascensos y en una escala de relevantes méritos, llegó desde su calidad de simple Soldado, hasta el más alto grado del Ejército.

Ministro de la Guerra, Designado varias veces á la Presidencia de la República, Diputado á la Asamblea Nacional Legislativa, Sub-Secretario de la Guerra, muy bien mereció tan altas distinciones por su lealtad y respeto profundos jamás desmentidos y por su patriotismo probado en tantas ocasiones.

Reñidísimas fueron las acciones de armas á que asistió y en las cuales peleó heroicamente; y de manera muy particular, en las batallas de San Jorge y Rivas en Nicaragua, libradas por las fuerzas unidas de Centro-América en el año de 1857 contra los filibusteros que, en mala hora y por un error de uno de los dos partidos que en aquel entonces se disputaban el poder en aquella República, pretendieron imponer el hierro de la esclavitud sobre la patria de nuestros mayores.

Tales son, Señores, los hechos más salientes de la vida pública del ciudadano modelo, del militar meritísimo que empleó su vida toda en el servicio de la Patria, á la que amó con ardor y consagró sus más puros afectos.

Grande es el vacío que deja y difícil de llenar: los buenos hijos de Guatemala, de Centro-América toda, recordarán siempre con gratitud y cariño á esa estrella de primera magnitud que desapareció del cielo de la Patria para no volver jamás!

Y si en la vida pública el General Orantes fué un ciudadano digno de imitarse, en el hogar fué un esposo modelo y un amantísimo padre, dechado de virtudes.

¡Descanse en paz el patriota modelo, el militar eximio, cuyas encanecidas sienes tantas veces fueron coronadas por la victoria!

Como un reflejo de su espíritu, nos queda su alto ejemplo de valor y lealtad, su amor ascendrado y profundo hacia la Patria que llora sobre su tumba la pérdida de un hijo meritísimo. Con ella lleva duelo también el Señor Presidente Constitucional de la República, Licenciado Don Manuel Estrada Cabrera, el Ejército, de quien fué importantísimo miembro y la sociedad entera. La justicia otorgue al General Don Vicente Orantes, el reconocimiento de sus méritos y haya consuelo para los que lloran su desaparición del mundo de los vivos. . . !

EL GENERAL DON VICENTE ORANTES

LLENÓ SU MISIÓN sobre la tierra y bajó al sepulcro rodeado de la aureola que solo puede proporcionar el cumplimiento del deber en todas sus amplias manifestaciones.

Se hizo acreedor por sus méritos y por su lealtad á la confianza del Gobierno; y obtuvo dignamente y por riguroso ascenso todos los grados de la carrera militar.

Su historia tiene páginas que encierran un tesoro acumulado á fuerza de honradez, de pundonor y de lucha en la gloriosa carrera de las armas.

Cuando nuestros ojos están próximos á cerrarse para siempre; cuando se va á poner término á las tribulaciones de la vida y en presencia de la tumba cercana que guardará nuestros restos podemos exclamar: "*He cumplido bien la misión que se me había confiado sobre la tierra*," entonces podemos reclinar tranquilamente la cabeza en el sepulcro y dormir en paz el sueño de que ya nunca se despierta!

Guatemala, 11 de enero de 1910.

JESÚS F. SÁENZ.

El General Orantes

Es muy difícil escribir sobre la vida de un hombre cuando ella ha sido vida compleja que, en la lucha, dejó las huellas del amor y del odio; pero es muy fácil escribir sobre los hechos de una vida sencilla que brilló en el mundo con la luz propia de su virtud y que fué el cumplimiento de su deber, en la esfera en que le tocó moverse.

Tal de sencilla fué la vida del veterano General Don Vicente Orantes, que acaba de extinguirse dulcemente, sin los paroxismos del remordimiento de las malas acciones.

El General Orantes era el vástago último de nuestros viejos soldados, de aquellos que, fuertes de cuerpo y enérgicos de alma, no tuvieron más consigna que la obediencia, ni más pasión que la guerra en defensa de la Patria, ni más idea que servir con honor.

Fué un centinela cumplido y un General perfecto, pues era austero, valiente y leal; y aunque la lealtad es la primera, la suprema condición del militar, aquí cabe decir que era leal para expresar que practicó ese deber en todas las horas de su existencia, sin alardes, sino que sencilla y puramente.

Dígalo el 9 de febrero de 1898 en que la traición le encontró de pie para resistirle, dispuesto á volcarla con los cañones que tenía á su cargo para resguardar los grandes intereses de Guatemala.

El conservatismo ha de haber ahuyado contra el General Orantes porque ese militar digno no manchó con sangre la Bandera de la Patria en esa noche lúgubre de nuestra historia en que, por primera vez, resaltó sobre la hecatombe la figura limpia, serena, del patriota ilustre, el Benemérito Señor Licenciado Don Manuel Estrada Cabrera.

No puede haber galardón más preciado para un militar que ese de resistir la traición cuando se presenta para golpear las instituciones del país ó el galardón de batirse contra el enemigo internacional, que amenaza la posesión de la tierra común, ó la tranquilidad del Estado, ó los caros intereses cuyo resguardo está encomendado al Ejército que, bajo ese aspecto, es el organismo más indispensable de la Nación.

Con ambos deberes cumplió el General Don Vicente Orantes y no cabe duda que, al reclinar su cabeza en el sepulcro, ha de haber sentido el ocaso de su vida ejemplar sin remordimientos, con el gusto supremo del deber cumplido.

José Wer.

El General Orantes

A SU RESPETADA MEMORIA

La Nación y el Ejército de la República perdieron con la muerte del General Don Vicente Orantes, militar que sin temor de exagerar puedo decir con franqueza que fué leal y valiente. Su conducta fué como debe de ser la del hombre honrado: correcta en todos sus aspectos, pues jamás tuvieron cabida en ese pecho ni la traición ni la ingratitud.

La hoja de servicios del difunto General está sin mancha, pues con sus actos siempre basados en el honor y la dignidad supo estar á la altura del deber.

¡Hermoso ejemplo de soldado y de caballero! Fué el General Orantes, generoso, considerado y al propio tiempo enérgico, sin haber llegado nunca á ser injusto con sus subalternos, motivo muy poderoso y bastante para que siempre gozara de la estimación y el respeto, no sólo del ejército sino también de cuantas personas le trataron.

Mucha honra considero que fué para mí, haber servido á mi Patria bajo las órdenes de Jefe tan apreciable y digno.

A principios del año 1878 salí graduado de la Escuela Politécnica y fuí destinado á prestar mis servicios con el caracter de Instructor de Infantería al Fuerte de San José, y allí encontré al General Orantes que entonces era Capitán: observé que la norma de sus actos era el cumplimiento de su deber, distinguiéndose siempre por su actividad en los servicios y una puntualidad muy exacta en su asistencia á las academias, pues fué siempre amigo del orden y veía con disgusto las faltas que, ya por un motivo ú otro, tuvieran sus subordinados, y procuraba reprimirlos con dignidad y prudencia, lo cual le enaltecía mucho ante los ojos de la tropa y de sus Jefes y compañeros.

Formado el Cuerpo de Artillería el año 1880 pasé á prestar mis servicios allí el 21 de mayo de dicho año, y entonces me separé de Orantes; pero no obstante seguí conservando el mismo cariño hacia él y continuamos como siempre siendo amigos. Al surgir la campaña de 1897, fuí llamado por el Primer Mandatario de la Nación, del Fuertede San José, en donde me encontraba yo como Jefe, el 16 de septiembre de ese año y me ordenó que preparara una parte de la Artilleria y que marchara al día siguiente con dirección á Totonicapán, lugar que se encontraba en serio peligro, y marché, entregando el mando de dicho cuerpo al mencionado General Orantes. El 20 de octubre del año en referencia regresé á esta capital con la artillería de mi mando, y al dar parte al señor Presidente de la República, General Reyna Barrios, dijo que el señor Orantes continuaba como Gobernador del Castillo y que yo quedaba junto con él como Jefe de la Artillería Expedicionaria y encargado de algunos trabajos al Sur de la Ciudad, y entonces tuve nuevamente la satisfacción de estar en trato diario con tan ameritado Jefe, pues todas las tardes nos reuníamos para tratar asuntos del servicio y todo aquello que fuera en bien del cuerpo de su mando.

El 8 de febrero de 1898 nos encontrábamos en la Comandancia del Castillo á cosa de las ocho de la noche, cuando sonó el aparato telefónico y acto contínuo contestó el General: después de un momento se retiró del aparato y pude notar por la gravedad de su semblante que algo extraordinario ocurría y no estaba equivocado, pues después de mirarme fijamente me dijo que recibía la noticia de que el señor Presidente General Reyna había recibido un balazo en esos momentos, y desde ese instante ya no tuvo reposo; comenzó á dar órdenes y yo inmediatamente salí al patio y coloqué las piezas en orden de defensa y juntos preparamos el Castillo de tal manera, que en caso de conflicto hubiéramos muerto en nuestro puesto antes que rendirlo. Entonces tuve nueva ocasión de observar el valor y serenidad del General Orantes, pues en esa noche aciaga se puso de manifiesto el militar pundonoroso y leal que sabía cumplir con su deber, A las 8½ de la noche, poco más ó menos, llegó el entonces Comandante Onofre Bone, á decirle al señor Orantes que el Primer Designado, en ejercicio de la Presidencia de la República, Licenciado don Manuel Estrada

Cabrera, confiaba en la lealtad de los Jefes de ese cuerpo y entonces el General contestó: "Dígale que esté tranquilo y confíe en nosotros." Y los hechos hablan, pues ese cuerpo estuvo en su puesto, respetuoso á la Ley representada entonces por el hoy Jefe Supremo de la Nación, y los enemigos del orden comprendieron que allí hubiera sido imposible una traición. Motivo muy suficiente fué ese para que gozara desde esa vez de la confianza, estimación y deferencia del señor Estrada Cabrera, pues lo tuvo siempre á su servicio y lo distinguió con el importante cargo de Mayor General del Ejército, puesto que desempeñó hasta la hora de su muerte y el que enalteció siempre con sus manejos en todo concepto honrados.

Tal fué á grandes rasgos la conducta leal del inolvidable Jefe.

La Patria está de duelo y con sobra de razón, pues Jefes de la talla del General Orantes son excepcionales por el sinnúmero de cualidades que le adornaban y que hacían de él un modelo de militar.

Al consagrar á su memoria el recuerdo del imborrable cariño que le tuve en vida, es hoy su memoria la que aprecio y á quien dedico mis frases de simpatía y admiración. Descanse en paz el soldado infatigable y el intachable caballero.

AGAPITO HERRERA.

A la memoria del Señor
General de División
Don Vicente Orantes

LLEGÓ á la más alta gerarquía militar. Fiel á la Bandera de la República, combatió por ella, tantas veces, en heróicas luchas, y en Granada y San Jorge, contra los huestes del filibusterismo.

Poco después de la revolución del 71, ofrenda su sangre por la misma causa de la libertad.

De familia de soldados, siempre dió pruebas de lealtad y valor legendario.

Inválido, mutilado, rindió al fin la última jornada de la vida, siendo Mayor General del Ejército.

Cuando reposó en el regazo de la muerte, su faz era tranquila, como la del hombre que jamás se sintió envanecido por la fortuna, ni envilecido por el quebrantamiento del deber.

Su hoja de servicios, es una enseñanza práctica para la juventud.

Cierna, así, gloria imperecedera al que llevó de niño la mochila del soldado y con el arma al hombro siguió el camino de la inmortalidad.

ANTONIO G. SARAVIA.

UN RECUERDO

(A la memoria de mi antiguo y querido Jefe, el General de División, Don Vicente Orantes.)

"Llegó al fin de la jornada el soldado modesto y grande, el digno hijo de la Patria, el genuino liberal, el honrado compañero de armas, el esposo modelo y padre cariñoso, mi querido é inolvidable amigo, el General Molina."

VICENTE ORANTES.

De la Corona Fúnebre dedicada á la Memoria del General Don Luis Molina, por el Presidente de la República.

UNA DENSA NUBE, al atravesar el espacio, veló los altos cristales del Palacio Presidencial é interrumpió la lectura de la alocución del militar que, por su noble aspecto de antiguo romano había visto más veces que los presentes allí, llenarse de gloria la bandera de la patria en los combates y que en esta ocasión, en nombre del Ejército de la República, presentaba sus respetos al Supremo Jefe, y como la obscuridad le impidiera continuar la lectura, concluye improvisando la felicitación con mayor éxito que si la hubiera antes pensado. El que hablaba era el Mayor General del Ejército, General Don Vicente Orantes, probando con ello sus múltiples aptitudes, escondidas bajo el follaje de una incomparable modestia.

En otras ocasiones semejantes, como quiera que á él le correspondiera llevar la palabra en nombre del Ejército, el Jefe de la Nación le escuchaba con una sonrisa de sincera bondad y al contestar su discurso con palabra fluida y correcta, hacía el Presidente vibrar de tal manera las fibras del viejo soldado, que cualquiera persona atenta hubiera notado, á través del uniforme de divisionario, un corazón emocionado y satisfecho. Satisfacía siempre así sus ambiciones: era tanta su bondad!

No seré yo el único que diga que como Jefe fué estricto cumplidor de sus deberes militares; ni hablaré yo solo de su valor probado en tantos combates, ponderando su bondad y su modestia, porque esas virtudes son de todos admiradas. Diré solo que como superior mío, siempre se mostró más como amigo que como Jefe. Era tal la finura de su trato con sus inmediatos subalternos, que hasta sus reprensiones parecían más

consejos que reprensiones. Pero cuán distante estaba aquella alma bondadosa de medir el daño que se ocasiona al corazón de los jóvenes, mostrándoles el lado mejor de la carrera militar y el del triste corazón humano. Habrá en seguida el joven militar de encontrar en su camino al hombre constituido brutalmente para ajar la dignidad y oprimir al débil; y el débil y el oprimido, por honor, por lealtad, por sujeción estricta á la ordenanza, no tendrá otro recurso que cumplir y callar. Así hacen estos hombres superiores resaltar sus grandes virtudes y así es la ley de la correlatividad. Sin esta ley no existiría el mérito. Con la pimienta de un suave picante en sus dichos, su conversación siempre fué agradable, sabrosa. Dotado de una memoria privilegiada, relataba sucesos históricos de la patria y episodios de campaña con gran naturalidad y minucioso acopio de detalles. Hacía relación conmovedora, por ejemplo, de las penalidades que como soldado sufrió en 1856 en la tierra de los lagos, en la campaña contra los filibusteros, ó como sub-teniente en 1863 en Coatepeque. Sin bases para estudios militares, como todos los que ejercieron la carrera antes del 71, por falta de cuerpos docentes, tenía un claro criterio para juzgar los hechos de armas en que tomó parte. Estuve más de 7 años bajo sus órdenes y sin comprender ni incluir en ello mi admiración al viejo soldado, insensiblemente, erigíle un monumento de respetuoso cariño en mi corazón. La fortuna nunca tocó propicia á sus puertas, pero con carácter inflexible y grandeza de alma supo sostener los embates del oleaje tumultuoso de su vida. Su robustez de encina lo libró varias veces de la muerte, otras la casualidad. Prueba la constitución formidable de aquel héroe, el haber sobrevivido, en sus últimos días de senectud, á la amputación de una pierna, pudiéndose presentar, sereno y sonriente, en el interior de su carruaje, ante al monumento de García Granados, el último aniversario de la Revolución de 1871. Mídase por ello si, en su ardor guerrero y en defensa de las patrias libertadas, no hubiera dejado sonriente, no un miembro, la vida entera en el campo de batalla.

En este día cumpliera ochenta años, toda una vida consagrada al servicio de la patria y con la conciencia límpida, sin envidias, reconociendo el mérito en donde lo hallara, como lo prueban sus hermosas palabras ante el otro campeón del Ejército, General Molina.

Por todo ello, al franquear las puertas de la Historia, se encontrará allí en campo luminoso con sus aguerridos compañeros de armas y, entre ellos, á «su querido é inolvidable amigo, General don Luis Molina,» quien lo habrá felicitado, como deben hacerlo en esas órbitas desconocidas, en esas regiones ignotas, los espíritus de los valientes, de los abnegados, de los grandes, de los héroes y de los patriotas.

Al dedicar al General Orantes estas cortas y modestas palabras de admiración, quisiera tener á la vista su libro de memorias, en donde por orden cronológico y en estilo sencillo y llano, escribió las impresiones de su larga carrera militar; deseara tenerlo á la vista para esfoliar los hechos históricos allí descritos con mano maestra y hacer con elocuencia digna del soldado valeroso, el más entusiasta elogio y esculpir, no en bajo relieve la historia del mártir que sucumbe joven en defensa y conquista de un ideal, sino formar un monumento muy alto á la personalidad enhiesta del patriarca que defiende ante todo y por todo á la realidad viviente de la Patria y sus Instituciones inmortales; mas este pobre subalterno y amigo consecuente, solo puede grabar en su corazón, con débil mano, la silueta cariñosa, el recuerdo afectuoso de su ilustre Jefe.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

CARLOS F. DUARTE.

EL SENOR GENERAL DON
VICENTE ORANTES

HONRAR LA MEMORIA de los muertos ilustres, es estimular las virtudes de los vivos y promover, de modo indirecto, el engrandecimiento de la Patria.

Estamos en una época predestinada: no se arroja el último puñado de tierra sobre la tumba, sin enaltecer antes la memoria y las virtudes de los que han sido útiles á sus conciudadanos y á su Patria. Y así, hemos visto celebrarse los aniversarios y hacerse la apoteosis de aquellos que, llevando en la frente un rayo de luz divina, han emergido del nivel común, ya en la política, ya en la ciencia ó en las bellas artes. Es este un signo que caracteriza el grado de cultura que, felizmente, alcanza la presente generación. Y, refiriéndome en especial al señor General Orantes, nada más justo que la Patria agradecida, dedique un recuerdo al que ha sabido llevar al cinto una espada pronta á su defensa y á la de sus liberales instituciones; y que, por sus prendas personales, por su valor y su lealtad, es un ejemplo que puede señalarse á la juventud de nuestro pundonoroso ejército. El señor General Orantes, fué en nuestro ejército una de esas elevadas figuras, blanqueadas con la nieve de los años y fuerte en su conciencia honrada; la muerte lo arrebató y rindió su preciosa vida, en medio del respeto y la estimación que se profesa al verdadero mérito: jamás su honra se empañó: y nos legó, por herencia, las glorias inmarcesibles de sus brillantes hechos.

Debo y agradezco al señor Presidente de la República, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, el honor de poder deslizar esta hoja seca, entre las fragantes flores y laureles esparcidos en este album, en memoria del ameritado General don Vicente Orantes.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

SANTIAGO ROMERO.

IN MEMORIAN

"Si no se puede elevar sobre sí mismo ¡cuán pobre cosa es el hombre! — DANIEL."

EL MUNDO con sus leyes inmutables proporciona al hombre los medios para la lucha por la existencia. Cada cual los aprovecha conforme á su índole y así sus ideas y designios se verán coronados por el éxito, según la dirección que imprima á las recónditas fuerzas latentes en el fondo de todo ser racional.

El hombre que, desprovisto de elementos por su origen humilde y otras circunstancias adversas, surge, sin embargo, abriéndose paso entre las multitudes, constituye lo que hemos dado en llamar un carácter; más ó menos apreciable y digno del aplauso de la colectividad, cuanto más esta derive de él ejemplos que imitar y perseguir.

El General de División don Vicente Orantes, perteneció á esa clase de excepcionales seres, que saben elevarse por sus propias fuerzas haciendo del cumplimiento del deber su única norma de conducta. Eligió como campos de su actividad, la más noble y honrosa de las carreras: la de las armas; llenando su hoja de servicios desde 1853 como soldado, hasta 1909 como General, con brillantes acciones de armas, de honrosos nombramientos y menciones honoríficas por su valor y abnegación.

Como muestra de sus patrióticos sentimientos referiré un episodio, que refleja la entereza de su carácter conservado hasta el fin de sus días. Durante el curso de la campaña nacional de 1906, fuí enviado del Cuartel General en comisión para esta capital y aproveché la oportunidad para saludar al que era entonces, Mayor General del Ejército, General Orantes, Jefe superior del cuerpo á que pertenezco. Después de preguntarme algunos detalles sobre operaciones de la primera face

de la campaña, me dijo, suspirando: "Soy viejo, se acerca la hora de mi muerte ¡cuán feliz sería yo si el Jefe Supremo del Ejército me destinara allá, para rendir así mi última jornada! Ya mis manos y piernas tiemblan; pero aun puedo sostenerme á caballo y es él quien brincaría las trincheras," y agregó riéndose: "los viejos de mi edad ya no sirven para nada; pero para batirnos al lado de los jóvenes sí."

Descanse en paz el veterano militar, digno soldado guatemalteco, cuyo recuerdo vive y vivirá siempre en el corazón de sus subalternos que son los que forman el Ejército de la República.

Jorge Ubico.

Enero 22 de 1910.

PENSAMIENTO

La personalidad del Señor General Don Vicente Orantes se sintetiza en las siguientes frases:

Sincero adorador de la Patria, exacto en el cumplimiento del deber, resuelto cuando las circunstancias lo exijieran, sencillo, franco y leal en todas sus acciones.

Guatemala, 22 de enero de 1909.

CARLOS BENDFELDT.

SIEMPREVIVA

A la Memoria del Señor General Don Vicente Orantes

Un soldado veterano, es una reliquia del Ejército.

Cuando contemplo una de esas cabezas con cabellos blancos, como el humo de la pólvora, cuando veo un rostro quemado por el sol de los combates, pienso en la libertad de mi Patria y pienso en nuestras glorias nacionales. Cuando veo á uno de esos veteranos, se agolpan á mi fantasía los recuerdos de las frías noches de guardia, de los caminos escabrosos y las marchas bajo el ardiente sol canicular, de los días de campamento con sus sobresaltos y penas, de las ansias por entrar al combate, y sobre todo, de aquellas horas supremas cuando el dios Marte derrama sobre las fértiles campiñas sus lluvias de fuego, y entonces . . . . ¡me parece ver sobre aquellas frentes una aureola de gloria!

¡Manes de Morazán, de Barrios y Granados! Dignos sois de la epopeya y dignos de los cantos que al brotar de la lira, caen sobre vuestros sepulcros como hojas de laurel arrancadas por la gratitud al arbol de la Inmortalidad!

¡Cuántos sacrificios, cuántas privaciones sujetan al soldado, por mantener el orden y la libertad! ¡De cuánta gratitud somos deudores á los héroes que á la voz del patriotismo acuden á defender nuestro honor con las armas en la mano!

¡Descubrámosnos!

Descubrámosnos para honrar la memoria de uno de esos veteranos. Coloquemos sobre la tumba del General Vicente Orantes, nuestras ofrendas de inmortales y siemprevivas, ya que la Patria agradecida cubre ese sepulcro con sus blancas alas bajo su manto azul.

El General Orantes veía en cada soldado un amigo y en cada amigo un hermano.

Sus subalternos vimos en él al jefe respetuoso, al veterano de inmaculada vida, al ciudadano leal y sincero. Leed su biografía que ya otras plumas han escrito, y os convenceréis que su divisa fué "Deber y Honor."

Es por esto que el Supremo Jefe del Ejército, fué desde su juventud buen servidor de la Patria.

¡Descubrámosnos!

Ante la sombra augusta del General Orantes, protestemos nuestra lealtad, ofrendemos sobre el ara del honor nuestras armas, cumplamos con el deber.

Pedro Zamora Castellanos.

VITAM
Impendere Vero

¡QUÉ ENSEÑANZA tan hermosa nos deja al morir el hombre que ha dedicado su vida entera á la práctica del bien y más que todo al servicio de la Patria!

Si fuera posible á nuestra modesta pluma narrar circunstanciadamente los importantes y valiosos servicios que el General Orantes prestó á Guatemala, necesitaríamos un regular volumen para ello; pero ¿á qué relacionar lo que está aún á nuestra vista y fresco todavía en nuestro memoria?

Fué el General Orantes caballero correctísimo, fino y leal amigo; valeroso y consecuente militar que, á manera de los antiguos Bayardos, hizo de su espada un culto, consagrándola cincuenticuatro años de su vida, siempre con honor, siempre con bizarría.

Jamás durante el tiempo que tuvimos la satisfacción de conocerlo de cerca, que fué ya en sus últimos años, le vimos un solo gesto ni le escuchamos una sola palabra que demostrara desaliento en su ya larga y brillante carrera. Siempre con el mismo ardor, siempre con el corazón henchido del fuego sagrado del amor patrio; cuando con lenguaje verdaderamente modesto y llano nos relataba algunos pasajes de su vida militar, lo hacía con el interés de dejarnos una sana enseñanza y ejemplos honrosos que imitar.

El don de mando—cualidad precisa del acabado militar—lo poseía el General Orantes de una manera ingénita. Todo subalterno encontró siempre cariñoso acceso ante él, siendo atendido con suma corrección y benevolencia; siempre decía con enfasis que: "para hacerse obedecer del subalterno no es necesario hablarle con palabras duras ni mostrarle el semblante ceñudo y descompuesto." Atraía por sus inmensas virtudes é indiscutibles méritos y todo aquél que una vez hablaba con el ilustre anciano, se sentía poseído de la más reverente admira-

ción hacia él, al contemplar aquellos cabellos y aquel bigote, teñidos de blanco por el humo de la pólvora de cien combates.

"Rivas" y "San Jorge" en Nicaragua; "Coatepeque," "Santa Ana," "Chalatenango," "Suyapango," "Juilingo," "San Salvador," "Llano del Angel," "Hacienda San José," "El Guayabal" y Pasaquina" en El Salvador; "Mataquescuintla," "Parga" y otras en Guatemala, formarán nimbo de gloria que circunde imperecedero el nombre sin mácula del General Vicente Orantes

Duerma en paz el Jefe esclarecido y pundonoroso y, en el LXXX aniversario de su natalicio, séanos permitido colocar sobre su tumba una rama de laurel y otra de encino.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

ISAAC DARDÓN.

A mi amigo y compañero

El General de División
Don Vicente Orantes

La amistad es uno de los vínculos más sagrados que deben unir á los seres de la creación; pero debe ser la amistad franca, la amistad sin doblez ni engaño para que sea duradera y para que queden marcadas con letras indelebles los recuerdos que la han acrecentado. Tal sucede ahora con el fallecimiento de mi buen amigo el General de División don Vicente Orantes. Me acuerdo con tristeza de él y no puedo pasar en blanco uno de los episodios históricos de nuestra vida militar. Cuando el Coronel don Fernando Carrillo mandaba un batallón el año 1,876, en la campaña de Pasaquina, Rep. Salvadoreña, el General Solares, don Gregorio, era el Jefe de Operaciones; don Vicente Orantes capitaneaba efectivamente la 2ª Compañía, y yo pertenecía como Subteniente á la 7ª Peleamos con ardor tres días y tres noches contra el enemigo, y el Capitán Orantes por último quedó conbatiendo solo con 26 soldados haciendo frente al enemigo y mostrando su valor en aras de la Patria bajo cuyas banderas militó constantemente como leal y pundonoroso militar. Campaña fatigosa que dejó huellas imborrables en nuestra amistad que jamás falseó durante nuestra vida. La Brigada Carrillo, siempre continuaba obedeciendo órdenes del General Solares, en cuya época, como dejo expresado, hicimos amistad con don Vicente Orantes, amistad que solo la muerte cortó en vida, pero perdurarán en mi corazón los recuerdos de ese hombre que con su lealtad supo captarse la confianza del Gobierno, quien lo distinguió con honrosos puestos, siendo un acerto á mis razones, el haber estado desempeñando la Mayoría General del Ejército cuando lo sorprendió la parca ingrata, cortándole el hilo de su importante vida.

Concluyo dándole un adiós al amigo sincero, al ciudadano probo, al militar valeroso y abnegado que descansa ahora en la tumba y ofrendándole en el 80 aniversario de su natalicio, una corona de pensamientos, producto del cariño no desmentido de uno de sus amigos que jamás lo olvidará.

Doroteo Recinos.

Santa Catarina Mita, Dpmto. de Jutiapa, 22 de enero de 1910.

El General Orantes

El general Don Vicente Orantes fué uno de los militares leales y pundonorosos del Ejército guatemalteco.

Sus ascensos en la carrera militar los obtuvo por orden riguroso.

Desempeñó satisfactoriamente y durante algunos años el alto puesto de Mayor General del Ejército, en cuyo servicio se encontraba cuando la muerte vino á cortar el hilo de su existencia.

Como Diputado á las Asambleas Legislativas siempre se distinguió por su puntualidad en la asistencia á las sesiones y por el comedimiento y recato que le sirvieron de norma para ajustar sus actos á los principios de la justicia. Estas prendas inestimables le valieron para salir electo en el seno del Cuerpo Legislativo y en repetidas ocasiones, Presidente de la Comisión de Guerra.

Gratos son los recuerdos que de su vida pública dejó el General don Vicente Orantes; su memoria perdurará en el gran libro abierto para los leales y buenos servidores de la Patria.

El señor Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, Presidente Constitucional de la República, apreciador de las virtudes que caracterizaron al señor General Orantes, ha excogido este día, aniversario del nacimiento de tan buen patriota, para dedicar á su memoria un álbum de recuerdos, y á tan oportuna iniciativa debo la honra de haber escrito estas líneas.

Guatemala, enero 22 de 1910.

Virgilio J. Valdés.

A la memoria

Del Señor General de División Don Vicente Orantes en el LXXX aniversario de su nacimiento.

1830—1910

Tocó EN SUERTE al General Orantes morir después de haber servido á la Nación consecutivamente y solo en el ramo militar, durante cuarenta y seis años, siete meses y once días en guarnición; y siete años dos meses y doce días en campaña, arrojando un total de cincuenta y tres años, nueve meses y veinte y tres días.

Comenzó sus servicios en la guarnición de la Plaza de Escuintla el año de 1853, como soldado: ascendiendo por rigorosa escala á General de División el 21 de abril de 1898; necesitó pues para obtener el último grado en el Ejército, cuarenta y cinco años de servicios.

Jamás manchó sus vueltas de estambre que llevó en las mangas como cabo y sargento; ni los galones de Subteniente á Coronel, y mucho menos los bordados de General, cuyo brillo se extinguirá en su sepulcro, más no en la memoria de sus contemporáneos en el Ejército.

Fué estimado y siempre distinguido desde el Presidente Carrera hasta el señor Lic. Estrada Cabrera, quien sin equivocarme, es del que más muestras y muy positivas recibió, de su estimación, consideración y aprecio.

Muchos méritos adornaron la personalidad del General Orantes, pero en mi concepto, hubo algunos, que llegaron hasta la exageración como su bondad, generosidad, consideración sin límite, sencillez, humildad y sobre todo su tolerancia hasta donde cabía.

Pudo, más de una vez, enorgullecerse ó demostrar siquiera, su superioridad cuando desempeñó altos puestos y honrosos cargos públicos, pero no entraba esto en la norma de conducta que se trazó al ocuparlos. Fué Ministro de la Guerra, Primero y Segundo Designado á la Presidencia de la República, varias veces Diputado, presidiendo la comisión de Guerra; Presidente

de la Junta Constitutiva de Guerra, y por último, Mayor General del Ejército, habiendo tenido á sus órdenes á varios Generales y otros jefes, que nunca tuvieron que sentir ni lo más leve del Jefe y del amigo.

Si es virtud y mérito ser leal y consecuente al Gobierno Constituido, el General Orantes lo demostró hasta la evidencia; más yo creo que es un deber sagrado é ineludible y una obligación forzosa de todo militar honrado.

¡Duerma en paz el sueño eterno de la muerte el pundonoroso y valiente soldado de Canales Vicente Orantes, el Jefe ameritado del Ejército guatemalteco, que lució en su pecho la Cruz de Honor por las campañas de 1863 y 1906, contra el Salvador y Honduras; el soldado que el año de 1854 persiguió á los Lucíos, y el 56 á los filibusteros encabezados por Walker en Nicaragua, el Oficial que se distinguió en las batallas de Coatepeque el 63 y en Pasaquina el 76!

¡¡¡Duerma en Paz!!!

Guatemala, 22 de enero de 1910.

J. Francisco Mollinedo.

Flor de Inmortalidad

El Señor General Don Vicente Orantes era con sus oficiales como un padre con sus hijos: compartía con ellos sus alegrías y sus tristezas. Siempre les dirigió una frase de aplauso ó de consuelo.

—General: falleció mi hermano!

Después de un largo rato de silencio, lanzó un suspiro.

—Capitán, esos pesares sólo la acción del tiempo puede mitigarlos ¡vaya usted con Dios!

Y el Mayor General me concedió licencia para guardar los días de luto.

* * *

Con sus compañeros era tan íntimo como un hermano. ¿Quién no recuerda aquel episodio en que un día, moribundo casi, víctima de cruel enfermedad, pide un carruaje para ir á dar el postrer adiós al General Don Luis Molina en su lecho de muerte? Y ¿quién no recuerda aquel otro día en que, más enfermo aún, se dirige—camino del cementerio—á derramar la última lágrima sobre el sepulcro de su compañero inseparable y querido?

* * *

Perteneciente al linaje de familias honorables, blasón de honradez, era de vérsele fuera de las labores oficiales que le imponían sus altos puestos, cómo empleaba su tiempo en los últimos años de su vida: bien haciendo un trabajo manual, bien cultivando el espíritu con amena lectura; ya, en fin, haciéndose rodear de sus nietecitos y prodigándoles con solicitud cariñosa, cual si él fuese otro niño, toda clase de distracciones.

* * *

—Niños: oídme; "os voy á contar un cuento"—les decía. Y á la manera de aquel otro cuento del poeta "Este era un

rey ......" los niños en su infantil inquietud, varias veces lo dejaron con esa frase en los labios.

Bastarían estos ejemplos para juzgar de las intimidades del señor General Orantes, de su sencillez y nobleza de alma, de su corazón de oro; pero hay algo que hace resaltar más su figura venerable, algo que pone bien de relieve su resignación, su heroicidad, su inmenso amor á Guatemala: nos referimos á su brillante Hoja de Servicios.

* * *

El país se encontraba en una situación difícil. La revolución iniciada por el General Carrera en Mataquescuintla tomaba un incremento poderoso. El clericalismo, consecuente con sus principios, mantenía encendida la tea revolucionaria, contando siempre con el principal elemento de aquel entonces: la fé religiosa, ó más bien dicho, el fanatismo religioso. San Miguel Petapa á unos veinte kilómetros de la capital de la República, fué testigo de sangrienta escena, digna de una epopeya. Convenía á los intereses revolucionarios apoderarse de esta plaza á cuyo fin intimaron rendición á su Comandante Gumersindo Orantes. Tras la negativa de rendición vino la lucha armada; primero á larga distancia y después cuerpo á cuerpo.

Nadie puede negar la indómita bravura de Carrera en el combate en los que siempre tomaba parte directa y nadie podía imaginar que en la toma de Petapa iba á verse frente á frente con un rival digno de él. Agotáronse todos los medios de la defensa y cuando había sucumbido la mayoría de la tropa, no quedó más recurso al Comandante Orantes que entablar la lucha personal con el caudillo reaccionario. Desgraciadamente la suerte fué adversa para las armas defensoras y don Gumersindo, atravesado á lanzasos por Carrera, sucumbió, quedando así su nombre inscrito en el martirologio patrio para honra de Guatemala y de la causa que defendiera.

He aquí el último de los rasgos biográficos del padre del que fué Mayor General del Ejército don Vicente Orantes.

* * *

El General don Vicente Orantes nació "*canaleño*" y con decir así, dicho está que su cuna es la misma que la de toda esa pléyade de valientes patriotas que no vacilan en ofrendar cuanto tienen—vida y bienes—en holocausto de la patria.

Su vida pública y privada tiene gran similitud con la de aquel otro meritísimo Jefe, General don José María Orantes, Presidente Provisional que fué de Guatemala, similitud no sólo por el parentesco que les uniera sino por sus grandes virtudes militares, por su patriotismo, por su honradez sin tacha.

Pero no nos proponemos traer á cuentas ya, los numerosos servicios que el modesto cuanto digno ciudadano prestara tanto en la guerra como en la paz. Su mayor apología—ya lo hemos dicho—es su limpia Hoja de Servicios; porque desempeñar los cargos más altos del Estado, asistir á guerras, debelar facciones, recorrer con gloria y con honor el diapasón militar, todo eso no se relata en un corto artículo: allí, en esa Hoja queda escrito lacónica, concisamente, en muchas sencillas pero significativas palabras, para loor eterno de su memoria. Por eso entre todas las flores que el afecto y la gratitud coloquen sobre su tumba, la que perdurará entre todas, será esta que el preclaro General Orantes sembró durante su laboriosa existencia, es decir la hermosa flor de la Inmortalidad; capaz de soportar todas las intemperies al igual que el alma de él mismo forjada en el crisol de la más pura honradez y del más ardiente patriotismo para soportar heróicamente, gallardamente, los embates de la adversidad. Ella será el más bello ornamento de su sepulcro, la flor que exhalará el más delicioso de los aromas, la virtud; y que exhibirá los más vivos y brillantes matices: la lealtad, el honor, el deber.

Guatemala, enero de 1910.

Salvador Castillo.

LINEAS

Dedicadas á la memoria del pundonoroso General de División Don Vicente Orantes, en el 80 aniversario de su natalicio.

EL GRADO de General de División es la mayor jerarquía á que un militar en la carrera de las armas guatemaltecas puede ascender.

Para subir á esa cúspide á que honrosamente aspiramos todos los militares, se necesita mucho; pero mucho hecho públicamente en *paz* y en *guerra* en favor de la Patria que nos viera nacer.

El General don Vicente Orantes atravesó todas las etapas de la milicia, sin que en su paso por esa vida nos legara algo obscuro que tacharle pudiera nuestra Historia.

Su trato era esencialmente militar, pero de militar educado, ya en sus servicios del tiempo de *paz* ó ya en los tiempos de *guerra*; no dejaba traslucir la serenidad seca, torva, con que podía suponérsele revestido; traslucía lo contrario, daba confianza á sus subalternos, y he ahí porqué se le respetaba cariñosamente.

Lalealtad en el General Orantes era innata; su hogar en perfecto orden, porque cumplía con su palabra de hombre honrado y sin tacha; al cumplir con su deber, como lo demandaba la carrera de las armas, iba labrando poco á poco, á su familia, el buen nombre de que goza hoy.

Sus servicios eran apreciados en donde quiera que desempeñaba algún empleo, pues los marcaba siempre con la dignidad, con la lealtad, con la honradez y delicadeza que demanda todo puesto en manos de militares que entienden bien que, en todo acto, debe presidir ese fuego sacro, ese grande y febril amor á la Patria; y que, quien no lo tiene, dejará para siempre en el mar blanco de la pureza, una estela negra, si se me permite la frase, que no será posible borrar en el proceso histórico.

No creo que exista un solo militar, que no esté satisfecho de la vida de ese pundonoroso General, de ese ciudadano probo.

Los empleados todos del Gobierno, apreciaron en lo que valía la personalidad virtuosa del General Orantes, y principalmente los de la Mayoría General y Cuerpo de Estado Mayor anexo, empleo el primero, que desempeñó á satisfacción completa de superiores é inferiores, quienes pueden evidenciar las virtudes que en vida adornaron al respetuoso General que constantemente fué esclavo de su deber.

Vayan para su tumba muchas guirnaldas de ciprés, símbolo de tristeza, tachonadas de *siemprevivas* empapadas con las lágrimas de los subalternos que en vida supimos estimarlo.

Vayan para el Ilustre Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, nuestras felicitaciones más sinceras, por la esplendidez con que glorifica el 80 aniversaric del nacimiento de uno de sus más leales militares.

Isidro González G.

Jutiapa, 22 de enero de 1910.

SENSIBLE PERDIDA

OCHENTA AÑOS hace hoy que vió la luz primera uno de los Generales más ilustres que el Gobierno de Guatemala ha tenido, tanto por sus ideas levantadas como por sus modales humildes: era el General de División don Vicente Orantes, quien desempeñaba el delicado puesto de Mayor General del Ejército.

Todos los empleos públicos que el Gobierno le encomendó los desempeñó fielmente, basándose en los regímenes de justicia y dando buenos ejemplos al Soldado para que, llegado el caso de defender los derechos sagrados de la Patria, tome las armas con todo aquel valor que caracteriza al patriotismo de los buenos ciudadanos que defienden su autonomía cuando es injustamente atacada.

Examinando todos los actos que en su vida tuvo el General Orantes, no encontramos ninguna mancha que pudiera desvirtuarlo, en razón de que no era de aquellos militares que se enorgullecían cuando tienen un mando, cometiendo toda clase de abusos y venganzas con sus inferiores, sino que atendía las quejas de éstos, subsanando las dificultades que le exponían.

Solamente la imaginación del Soldado que conoce los sentimientos patrios, puede sentir el hondo pesar que causa la ausencia absoluta de un Jete querido que fué timbre de honor en el Ejército y un verdadero hijo y cumplido militar para la Patria; pues el General Orantes, en su carácter de alma liberal, descubría síempre las dificultades con admirable destreza, sin preocuparse jamás del peligro que le rodeara.

El General Orantes era un hombre de razón superior, natural y sin artificio, dueño siempre de sí mismo, disertó varias veces con su lenfiuaje moderado, sirviendo siempre á la Patria con las cualidades de su carácter, talento, subordinación y disciplina. Puede decirse que aunque hijo del pueblo y que prácticamente hizo en rigurosa escala su carrera militar, era de los hombres de propio genio, elocuente en sus arengas, sencillo en sus maneras, demócrata severo, íntegro en su vida, desinteresado, leal y sincero con sus amigos y subordinados.

De duelo el Ejército, lejos de un mal menos implacable, no pudo recoger sus últimos suspiros ni pagarle la deuda final de su cariño, pero quedan estas líneas consagradas para volverlo

si cabe, más querido á su grata memoría. Si con su muerte ha dejado tristeza en todos los militares y demás compañeros que tuvieron la honra de conocerlo, así también dejó en su vida buenos ejemplos dignos de imitarse, para que la milicia, que es la base principal de un país culto y civilizado, no fuera desacreditada por la falta de disciplina y el respeto que se debe á los jefes inmediatos superiores.

El Ejército con tan justo pesar tiene sentimientos de gratitud hacia el Jefe Supremo Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, por la espontaneidad y solemnidad con que honró los restos de tan ameritado General. Con ello, el señor Presidente de la República ha dejado en el Ejército sentado un estímulo para los mílitares que hoy se levantan, por el convencimiento que tienen de que, cuando llegue el día marcado por el destino de rendir la última jornada de la vida, ya sea en paz ó en el campo de batalla, no serán olvidadas ni desamparadas sus familias por el Gobierno.

Compañeros de Armas:

Acordaos que la milicia es muy sagrada y no olvidéis que el soldado que se consagra de corazón á la carrera de las armas y desea llegar al goce completo de una satisfacción, debe seguir la misma conducta, la misma idea salvadora de nuestros antiguos é ilustres Generales, que, conquistándose los galones con honor y lealtad al servicio y en defensa de nuestra cara Patria, han obtenido con merecimiento legítimas recompensas, como el General Orantes, ya ganando laureles en el campo de batalla, ya desempeñando los más altos puestos al servicio de la Patria, ora teniendo honores póstumos, ora en fin, dejando brillante estela de hechos y buenos ejemplos, para que el soldado siguiéndola, amparado y bendecido bajo la Bandera Guatemalteca, insignia sagrada de la Patria, marche con serenidad á su defensa al campo del honor, llevando por lema el verbo de la Libertad y de la Constitución.

Y, á vosotros, jóvenes soldados que empezáis á vivir, os hablo con toda la verdad para que la verdad que es el símbolo de la honradez os enseñe á decirla siempre á los venideros defensores de la Patria.

General Orantes!

Sigue tu marcha hacia el seno de lo infinito, que jamás olvidaremos tu gloria, honor y patriotismo.

Descansa en paz!

Guatemala, 22 de enero de 1910.

J. Jerónimo Rodas,
Teniente Coronel.

El General Don Vicente Orantes

Una de las pérdidas más sentidas para la patria y que ha sufrido recientemente nuestro ejército es la desaparición, de la escena de la vida, del valiente y pundonoroso militar el General Don Vicente Orantes, quien al rendir su tributo á la tierra dejó tras sí el recuerdo inmarcesible de su lealtad y pundonor.

Perteneció el extinto á quien por el cariño y más que todo por el reconocimiento de sus relevantes méritos dedicamos estas líneas, al corto número de militares que habiendo comenzado su hermosa carrera bajo el réjimen de los treinta años, reconocieron las ventajas del nuevo que iniciara la Reforma y que con mano fuerte sostuvieron Justo Rufino Barrios y Miguel García Granados.

José Víctor Zavala, Calixto Mendizabal y Vicente Orantes honra y prez de nuestro ejército dejaron tras sí el ejemplo de sus virtudes, y tanto al Militar como al civil, nos enseñaron que el buen ciudadano es aquel que libre de pequeñeces y rencillas no se deja dominar por las pasiones políticas puesto que sobre éstas está el interés Nacional; y por que como tal se debe á la patria y sólo á la patria en toda la extensión de la palabra.

El noble veterano Señor Orantes tiene una vida pública que abarca algunas décadas, tal vez medio siglo; y á pesar de ser tan larga su carrera Mílitar, deja tras sí una hoja de servicios en la cual no encontramos una sólo mácula que pudiera empañar su larga vida, pues siempre se le encontró en el terreno del deber, del honor y de la lealtad.

En lo reducido de este artículo, no es posible ni aún hacer una lijera remembranza de los muchísimos servicios que en tiempo de paz como en el de guerra prestó á la patria el Señor Orantes; tampoco es posible enumerar los elevados puestos

públicos que sirvió, ni los muchos hechos de armas en que intervino cubriéndose como un valiente y pundonoroso militar con los inmarcesibles laureles de la Gloria.

Nada es más justo que consagrar un recuerdo á la memoria de los que ya no son, máxime cuando desaparece un ciudadano, que como el Señor Orantes, fué ejemplo de civismo, de pundonor y de lealtad; y al tributar este homenaje de profundo respeto y cariño á su memoria hacemos votos al cielo para que siempre el militar como el ciudadano Guatemalteco sean ante todo el mundo ejemplo de valor y de lealtad.

Benjamín L. Colom.

Chimaltenango, diciembre de 1909.

IN MEMORIAM

El sosten poderoso del edificio de las sociedades, el atalaya que resguarda la soberanía de las naciones contra los ímpetus y ambiciones insanas de cualquiera potencia extraña, es el Ejército.

El año que acaba de espirar vió desaparecer en Guatemala, de tan importante institución, á dos preclaros generales, honra y prez del Ejército guatemalteco: don Luis Molina y don Vicente Orantes. Para ambos acordó el Señor Presidente de la República, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, honores que han dado idea del mucho valer y alta estima en que este ilustre y alto funcionario tenía por tan exclarecidos soldados.

Dejó de existir el General Orantes el 6 de septiembre del año próximo pasado, pocos días después de haber bajado á la tumba su compañero de armas y amigo el General don Luis Molina.

Adornaban al General don Vicente Orantes las cualidades sobresalientes que debe tener todo soldado: valor y lealtad; por eso llegó por rigurosa escala hasta llevar en sus hombreras las tres estrellas, distintivo de los generales divisionarios y último ascenso en nuestra carrera de las armas.

Militó el General Orantes contra la guerra llamada de los "Lucíos;" estuvo en la campaña contra los filibusteros traídos por Walker á Nicaragua en 1856; en la del 63 y el 76 contra El Salvador, y en otras tantas campañas, mereciendo siempre en la pelea, por su valor y brillante comportamiento, distinciones y ascensos.

En no pocas dificultades y peligros se vió el General Orantes en su carrera militar; pero siempre lo salvó su buen sentido y su valor que lo acompañó en todos los trances difíciles en que suele encontrarse el hombre en la hermosa pero dura carrera de las armas.

El General Orantes fué un militar aguerrido, valiente y entendido. Mereció las condecoraciones que ostentaba en su noble y generoso pecho y la estimación social que rodeó á tan cumplido caballero.

Vaya para él mi admiración por su carácter recto y su conducta leal y honrada que servía de ejemplo á nuestros jefes y soldados.

Zacapa, enero 1910.

SALVADOR S. ALARCÓN.

PARA EL ALBUM

Dedicado al General Don Vicente Orantes.
22 de enero de 1909.

PASÓ TODA su vida consagrado al servicio de la Patria. Su lealtad, honradez y patriotismo lo hicieron ocupar puestos importantes en la Administración Pública. Como Jefe del Ejército, supo cumplir con su deber en los campos de batalla defendiendo valientemente el Decoro Nacional; conquistándose de tal manera las recompensas y honores que otorgan nuestras leyes militares. También figuró en las filas del Partido Liberal, cuyas doctrinas sostiene y propaga nuestra Administración actual.

Ha llegado el momento de hacerle justicia. Y se la hace el señor Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, Presidente Constitucional de la República, justo apreciador de las cualidades morales y de civismo que distinguen á los buenos hijos de la Patria, dedicándole en esta fecha, onomástico del señor General Orantes, un album que por siempre recuerde las virtudes que adornaron en vida á tan ameritado Jefe.

Sirvan estas líneas como un recuerdo á su memoria y como un homenaje de respeto y simpatía que deposito en esta memorable fecha.

Cuilapa, enero de 1910.

VICENTE N. LEMUS.

UNA SIEMPREVIVA

(En la tumba del Señor General Don Vicente Orantes.)

Quiero, queridísimo Jefe y Compañero, colocar en la hermosa guirnalda que la gloria y el cariño han depositado en vuestra tumba, una siempreviva, emblema del recuerdo imperecedero que guarda mi corazón, de vuestras relevantes cualidades, de vuestros meritísimos servicios prestados con toda lealtad á este hermoso suelo que llamamos con entrañable cariño: Guatemala.

Sí, General Orantes, la flor humilde que hoy deposito en vuestro sepulcro, es el homenaje de sincera simpatía que os guardo en lugar preferente de mi alma.

Vuestro nombre exclarecido, demostrado está que no será relegado al olvido, porque los hombres que como Vos, han sabido conquistárselo con valor, constancia y lealtad, no mueren nunca; la historia graba con letras de oro el nombre de sus preclaros hijos, y los va haciendo conocer á las generaciones del porvenir, como modelos indestructibles en que deben imbuirse para conquistarse el lugar que por sus méritos les corresponda en esa misma historia patria.

El Ejército guatemalteco que tanto os debe y tanto os aprecia, ha esculpido con cifras indelebles en su pecho vuestro nombre y siempre recordará con respeto vuestras sabias lecciones, seguirá vuestro ejemplo, llevando por norma, cual Vos, la lealtad.

Prueba indiscutible de vuestra notable importancia, es la disposición acertada y justiciera del Jefe Supremo del Ejército, Benemérito Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, quien en su incansable labor de hacer cumplida justicia á los hijos prominentes de la Nación, ha iniciado tejeros esta corona de hermosas flores á cual más bellas y perfumadas, y en la que gustoso coloco la mía muy humilde, pero nacida y cultivada en el jardín de la sinceridad.

El Partido Liberal que con vuestra desaparición ha perdido uno de sus conspicuos baluartes, y en principal su ilustre Jefe, que con vuestra muerte que tanto lamenta, ha perdido un amigo sincero y uno de sus pundonorosos militares, os llorarán siempre con lágrimas que sólo podrán ser mitigadas con el preciso convencimiento que desde los umbrales del templo de la gloria, vuestro espíritu nos enviará vuestra inspiración fecunda, para llevar á feliz término vuestros ideales.

Descansad tranquilo noble amigo, y tened seguro que la fecha de hoy la recordaremos con eterno cariño y ascendrado respeto.

Jutiapa, 22 de enero de 1910.

General,
PEDRO RIOS.

PENSAMIENTO

El señor General de División Don Vicente Orantes, fué la lealtad personificada, una de las más honrosas cualidades que en un militar aunque se le suponga penetrado de ese imprescindible deber, si sabe cumplirlo, será en vida su mejor recomendación, y al rendir el último tributo á nuestra madre común, la tierra, sus cívicas virtudes servirán de ejemplo para enaltecer sus méritos y honrar siempre su memoria.

Guatemala, enero de 1910.

Jorge Sáenz.

Al General de División

Don Vicente Orantes

La brillante carrera coronada por méritos que, en el campo del honor, conquistara el denodado General Orantes, es el mejor galardón con que el ejército guatemalteco debe ornar su imperecedera memoria.

Como miembro de ese mismo ejército en quien supo imprimir ejemplos de subordinación y lealtad no desmentidas y, como un homenaje á figura tan excelsa, van estas líneas, humildes pero encarnan un testimonio sincero de la admiración que me inspira el recuerdo en el aniversario del nacimiento del Jefe liberal á quien la patria le es deudora de inestimables bienes.

Eligio Andrade.

Jutiapa, 22 de enero de 1910.

GENERAL DON VICENTE ORANTES

CARGADO DE AÑOS y de méritos, bajó á la tumba el Señor General de División Don Vicente Orantes, Mayor General del Ejército de la República.

Desde los primeros años de su juventud, el General Orantes abrazó la carrera de las armas, sentando plaza como simple soldado, humilde categoría de la cual salió, merced á sus grandes merecimientos, hasta llegar á alcanzar los más altos empleos en la carrera militar.

El Señor Licenciado Don Manuel Estrada Cabrera, Presidente Constitucional de la República y digno Jefe Supremo del Ejército, con su profundo conocimiento del corazón humano, adivinó los tesoros de lealtad y de honradez que se abrigaban en el General Orantes, y lo elevó hasta el importante empleo de Mayor General del Ejército, en cuyo desempeño le sorprendió la muerte, después de una vida inmaculada, dedicada toda, exclusivamente, al servicio de la Patria.

Fué el General Don Vicente Orantes, modelo de soldados y de caballeros. Su limpia y noble espada, puesta incondicionalmente al servicio de Guatemala y de sus gobiernos constituidos, no se manchó jamás con la traición, borrón el más negro y vergonzoso que un soldado puede echar en su hoja de servicios, crímen el más horrendo y repugnante que un hombre puede cometer.

Guarden las nuevas generaciones militares, el nombre del General Don Vicente Orantes, como un modelo de lealtad, de honor y de heroismo; que en los corazones de los que tuvimos el honor de servir bajo sus órdenes, estará constantemente vivo el recuerdo de sus virtudes y de sus consejos, para ayudarnos á seguir siempre el sendero del honor y del deber.

Guatemala, 9 de diciembre de 1909.

PEDRO MILLA Y VIDAURRE.

UN RECUERDO

A la Memoria del Señor General de División Don Vicente Orantes.

El General Orantes es un recuerdo glorioso de nuestra historia militar. El Supremo Jefe del Ejército quiere por eso hacerle conocer á nuestros soldados para que estimulados por su noble ejemplo no desmayen jamás en esta gloriosa pero dura carrera de las armas; para que imiten su conducta practicando la constancia, la honradez, la lealtad y el valor; para que jamás den cabida en sus pechos á ambiciones mezquinas y así aprendan que "por las escabrosidades se llega á las alturas," no á las del poder que es ficticio y sí á las del cariño, respeto y consideración de los buenos ciudadanos para merecer bien de la Patria.

José Barrios.

SOBRE LA TUMBA del Señor General Don Vicente Orantes.

CADA VEZ que desciende al sepulcro un hombre de la talla del inolvidable General Orantes, un lamento tétrico y profundo sale espontáneo de todos los pechos. Es que los grandes méritos y las grandes virtudes se imponen por doquiera y atraen y seducen, aún á los corazones más egoistas y perversos.

El señor General Orantes fué un hombre de honor, un cultísimo caballero y un militar pundonoroso, valiente y leal.

Cayó su noble frente bajo el peso de una larga vida, llena de merecimientos.

Descanse en paz; y coloquemos una siempreviva en el album que, á iniciativa de nuestro ilustre Jefe Supremo, Benemérito señor Licdo. don Manuel Estrada Cabrera, perpetuará la memoria del venerable difunto, como tributo de nuestro humilde cariño y de nuestra admiración por sus excelsas virtudes.

Chiquimulilla, 22 de enero de 1910.

Francisco Mirón.

ANIVERSARIO

HOY CUMPLIRÍA 80 años de edad el ameritado General de División Don Vicente Orantes, cuya desaparición de la escena de la vida nunca habremos lamentado bastante.

Murió el venerable anciano rodeado de cariño efusivo de los suyos, del más profundo respeto de todos y de la admiración más sincera de los que tuvimos el honor de conocerle muy de cerca.

Cada año de la vida del que se llamó Vicente Orantes fué en su historia la práctica de una virtud y el más elocuente modelo de un buen ejemplo.

Gran corazón, modesto, honrado y esclavo del deber fueron siempre las cualidades distintivas del probo ciudadano que deja en la Historia Militar de Guatemala un vacío muy difícil de llenar.

En el aniversario de su nacimiento le dedico estas líneas con el respetuoso cariño que siempre le dediqué, y con el más sincero pesar por su eterna desaparición.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

ENRIQUE ARÍS.

EL MAYOR GENERAL ORANTES

Acaba de rendir la última jornada de la vida el Mayor General del Ejército Don Vicente Orantes; alta personalidad, que á su elevada gerarquía militar, supo unir un nombre sin mancílla y meritísimos servicios prestados al Ejército Guatemalteco, entre otros, cabe citarse gloriosamente para las armas nacionales, la acción de Pasaquina.

Pero no solo en la carrera militar prestó sus servicios el General Orantes: fué Designado á la Presidencía de la República; Diputado á la Asamblea Legislativa, Ministro de la Guerra, Jefe Político y Comandante de Armas, Gobernador del Castillo de San José y finalmente Mayor General del Ejército. Y no fué tampoco en los elevados puestos que se le confirieran donde estuvo siempre á la altura de sus deberes; también en el hogar fué el General Orantes un modelo abnegado de padre de familia.

Descanse en paz el soldado leal y el ciudadano probo.

La Patria agradecida levantará un monumento á su memoria y conservará siempre fresco el recuerdo del patriota exclarecido.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

JUAN BARRIOS M.

A LA MEMORIA

Del Señor General Don Vicente Orantes

De soldado raso á Mayor General del Ejército, tal fué la carrera militar de aquel ameritado Jefe, cuyo recuerdo se conmemora con justicia.

Sus ascensos no los debió sino á que en paz y en guerra se distinguió siempre como uno de nuestros más solícitos ciudadanos y mejores soldados.

Jamás figuró en motines ni asonadas. Se mantuvo leal á la Bandera; y modestamente apegado á sus deberes y encariñado con la disciplina, cerró honorablemente y limpia su hoja de servicios.

Velados sus ojos por la implacable parca, deja una enseñanza provechosa, que recojen con entusiasmo nuestros jóvenes é ilustrados compañeros de armas.

¡Honor mil veces al Presidente y Beneméríto de la Patria señor Lic. don Manuel Estrada Cabrera, que reconociendo las virtudes de aquel preclaro Jefe y ciudadano, señala su memoria á la gratitud nacional!

Mariano Sánchez.

UN RECUERDO

A la Memoria del General Don Vicente Orantes.

Después de una dilatada existencia, acaba de rendir su tributo á la muerte el General Don Vicente Orantes, dejando como valioso legado á sus conciudadanos, nobles y levantados ejemplos de honradez, de patriotismo y de firme decisión en el cumplimiento del deber. No es de extrañarse que su fallecimiento fuera tan generalmente sentido; fue uno de esos hombres en quien la bondad del caracter corría parejas con su amor al orden, su culto á la ley y su dedicación al trabajo en los puestos que le tocó servir; miembro predilecto del Ejército, á él dedicó sin restricciones todas sus enerjías, desde que en temprana edad empuñó el fusil del soldado en uno de aquellos encuentros que las fuerzas del Gobierno, donde militaba, sostuvieron con los montañeces conocidos en la tradición con el nombre de "Lucíos;" ahí comenzó á exhibirse como soldado sufrido y valeroso el que con el tiempo tendría que conquistar mayores laureles en Nicaragua, en el sitio de San Salvador y años más tarde en la sangrienta batalla librada en Pasaquina, donde con el mando de una compañía del reputado Batallón Canales, dió repetidas cargas á la bayoneta con aquella intrepidez que se necesita en las acciones decisivas y que se convierte en objeto de justa admiración á los ojos del hombre.

Nacido y creado en una época que no ofrecia estímulos ni ancho espacio á los vuelos de la inteligencia, no adquirió un título académico, ni ese caudal profundo de conocimientos que caracteriza á los hombres ilustrados; pero su talento natural unido al constante esfuerzo que lo distinguia para llenar debidamente sus labores administrativas, hicieron de él un ciudadano útil en el consejo; y en la vida social, su trato sencillo, pero ameno y cortés, dejaba en el ánimo gratas impresiones.

En lo militar tenía encarnado el hábito de la subordinación desde sus primeros años; pero que se fué robusteciendo en su carácter á medida que en la escala ascendente iban siendo mayores sus responsabilidades; cumplía con exactitud y actividad las órdenes que recibía del superior jerárquico, sin que en ningún caso su semblante revelara la contrariedad y el desagrado; y así como era extricto en la absoluta obediencia al Jefe, trataba de que sus subalternos imitaran su ejemplo en todos

los actos del servicio donde se mostraba enérgico cuando era necesario; pero la energía no la hacía consistir en gritos destemplados ni en frases hirientes que además de degradar la dignidad humana tienden á debilitar el alto concepto que entraña la carrera de las armas; él reprendía y castigaba cuando el caso lo demandaba sin extralimitarse jamás: por eso se le quiso bien, y se le respetó siempre.

Tuve oportunidad de tratar á este Jefe, cuando en mi calidad de Secretario de la mayoría General me correspondió el honor de servir á sus órdenes; entonces pude observar los dos rasgos más distintivos de su carácter, la modestía y el compañerismo bien entendido; no se le oyó exagerar sus hechos y antecedentes de algun mérito, ni lastimó en lo más mínimo la reputación de sus compañeros de armas; tenía confianza en lo que como militar y ciudadano había hecho por la Patria y el alma demasiado elevada, sin que por estas circunstancias lastimara la reputación agena con la mira mezquina de hacer resaltar sus propios merecimientos.

En el organismo del Ejército desempeñó los puestos de más confianza ó de labor más meritoria, á ellos llevó el contingente de su larga experiencia y el constante deseo de secundar las aspiraciones de sus naturales superiores quienes veían en aquel anciano la más genuina representación de la sinceridad.

Jamás la atmósfera embriagadora del mando hizo cambiar el fondo de aquel carácter ni la cultura que lo distinguia; sus maneras corteses dejaban complacidos á los mismos individuos á quienes por ser injusta ó intempestiva denegara alguna solicitud.

Tarea larga seria, dada la naturaleza de este artículo, reseñar detalladamente los puestos que sirvió el Gral. Orantes: baste decir que deja una hoja de servicios de indiscutibles méritos; que mereció el aprecio de todos sus conciudadanos y la estimación del Jefe Supremo del Ejército, justo apreciador de los buenos servidores de la Patria, tanto más si trata de uno de esos hombres, que en el ocaso de su vida y doblegados ya por el peso de los años, ostentan sobre su cabeza, venerables canas jamás manchadas con el lodo de una deslealtad ó inconsecuencia.

Totonicapam, diciembre de 1909.

RAMÓN ALVARADO.

IN MEMORIAN

Para la corona fúnebre dedicada al Señor Mayor General del Ejército General Vicente Orantes

LEAL Y PUNDONOROSO veterano!! Perdona si mis palabras ofenden la modestia de tu memoria y turban el descansado reposo de tu espíritu; pero ellas, hijas sinceras de un vuestro compañero de armas, quiero que sean el trasunto fiel de todo lo bello y hermoso que vuestro ejemplo de Lealtad dejó cual luminosa huella en todas las épocas de vuestra preciada vida militar; siendo esta virtud que tanto os enalteció, en mi humilde concepto, la que entre otros méritos y virtudes hace la dedicación de esta Corona Fúnebre en cuyas páginas perdurará tu nombre.

Tu existencia toda, fué la vida contínua del sacrificio; la vida del soldado coronada con el merecido nombramiento de *Mayor General del Ejército de Guatemala;* pero en medio de esos sacrificios sentiste la íntima satisfacción que produce la Lealtad en todo y por todo, sin cuya virtud no es posible ni el pundonor militar.

Esa excepcional cualidad, más que ninguna otra, harán que tu espíritu, tu memoria y tu nombre, fulguren siempre con las irradiaciones de luz con que el inextinguible sol de la Patria alumbra á sus excogidos y predilectos.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

General,
J. CLARO CHAJÓN.

PENSAMIENTO

Entre los veteranos de más nombradía por sus largos y meritorios servicios, contaba el Ejército guatemalteco con el ilustre General don Vicente Orantes, pero la muerte inexorable que todo lo ciega al potente golpe de su certera guadaña lo arrebató de la escena de la vida, para pasar á las regiones desconocidas, donde moran los insignes patriotas de la talla del compañero querido, que fué grande en la paz como en la guerra. Fué el General uno de los preclaros y abnegados hijos de la Patria, que ya le tiene entre sus escogidos, porque como soldado fué sereno y valiente en los momentos de peligro, como ciudadano un honrado y excelente caballero y en el hogar un afable y cariñoso amigo, á quien coloco sobre su tumba hoy día del aniversario de su nacimiento, una corona de inmortales, que no marchitarán ni el sol abrazador de los trópicos ni el transcurso de los siglos.

Jalapa, enero 22 de 1910.

David Barrientos Ruiz.

Para un álbum

La vida de los hombres ilustres que de una ú otra manera han influido en el desarrollo económico ó político de los pueblos, es luminoso meteoro que pasa dejando ráfagas brillantes de su existencia.

Esos hombres no mueren.

Sus ideales ó sus hechos reflejándose en la historia se convierten en profundas enseñanzas y su ejemplo perdura al través de los siglos.

Y ¿cómo olvidar á esas entidades que desligándose de todo interés personal dedican su actividad, sus energías y hasta su propia existencia al bien común?

Llevar el óbolo de nuestras aptitudes á la consecución de los grandes intereses de la humanidad es el primordial objetivo del hombre sobre la tierra; pero llevarlo con la honradez y rectitud de miras que la naturaleza de las mismas cosas demanda, es cumplir debidamente el destino á que estamos llamados en la evolución social.

El General don Vicente Orantes es la representación del soldado que, sustentando las ideas de las modernas democracias, supo enaltecer la carrera de las armas.

Leal á los gobiernos legítimamente constituidos, consecuente con los principios en que se fundan las milicias bien organizadas, no registra su hoja de servicios ninguna mancha de esas que de manera indeleble dejan la defección y la apostasía.

Por eso su memoria es venerada, y por eso también el señor Presidente de la República Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, que sabe distinguir y apreciar á los buenos servidores de la Nación, ha querido dedicarle esta ofrenda de cariño en el LXXX aniversario de su nacimiento.

Vayan estas cortas líneas á servir de siemprevivas en la tumba del ilustre General.

Quiché, 22 de enero de 1910.

Fidel Echverría.

Recuerdos Gratos

Me inspiran hoy en el natalicio de mi querido jefe y amigo General de División Don Vicente Orantes.

Todo aquel que sienta palpitar dentro de su pecho el sentimiento del amor patrio, prestará atención á las justas apreciaciones que se hacen del compañerísmo militar.

El hombre que desde su juventud se dedica á la carrera de las armas, es porque siente un ardor bélico que le impulsa, un levantado carácter que le obliga al sacrificio de ser soldado por tener la honra de figurar como defensor de su patria; quien tiene tales aspiraciones debe ser liberal. ¿Podrá creerse que un joven guiado por el interés de un limitado sueldo, se prive de todas las libertades, de todas sus facultades naturales, de su propia opinión y voluntad para vivir siempre sujeto á ordenes superiores, á extrictos reglamentos y á un régimen tan duro é inflexible?

La abnegación de un soldado solo la comprenden y hacen aprecio de ella, los compañeros que desinteresadamente han abrazado la misma carrera en iguales condiciones.

Mi respetado General, era un modelo militar, fué siempre mi superíor y aun siendo yo un Oficial subalterno, él siempre me llamó amigo, me distinguió entre mis compañeros, contándome todos los pormenores de su vida militar, tanto de las diferentes campañas como de todos los trances, fatigas, decepciones, etc., etc., en el servicio de plaza en las diferentes administraciones del ramo militar. Siempre sus confidencias causaban en mí una satisfacción, pues consejos revestidos de moralidad y sabiduría, ilustraban mi entendimiento y me daban esperanza para el porvenir. En ideas políticas estábamos en perfecto acuerdo.

El General Orantes éra hombre honrado por excelencia, justo apreciador de lo bueno, aconsejaba á todos la moral y buenas costumbres; siempre, aunque recto, era cariñoso y con-

vincente, muy cabal en el manejo de fondos, escrupuloso, cumplido más que un inglés por la exactitud en sus deberes, en nada se apartaba de la Ordenanza y reglamentos, el orden reinaba donde él tenía mando ó intervención. Conocía teórica y prácticamente las obligaciones del soldado raso hasta las del General de División, distinguiéndose notablemente en cada grado de la jerarquía militar, tanto en las diferentes campañas como en todo servicio de plaza.

La gloria de un esclarecido patriota, está en la conciencia de haber cumplido como tal, pero después de su muerte, queda á los compañeros que les fuere posible, hacer una narración de sus hechos, costumbres y virtudes que con justicia merecen.

El señor Presidente de la República, Benemérito de la Patria, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera que sabe hacer aprecio de los dignos patriotas, que tiene satisfacción en corresponder á sus colaboradores, nos invita al concurso de nuestros sentimientos de condolencia hoy que es cumpleaños del pundonoroso General Orantes.

¡¡Compañeros de armas!! Apoyados en nuestra hermosa bandera, hagamos los honores y sigamos el ejemplo del que fué digno General Orantes.

Miguel Larrave.

El General Don Vícente Orantes

TRISTE TAREA la de tomar la pluma para hacer reminiscencias de un muerto; pero siendo de justicia trazar los rasgos más salientes del carácter, tendencias y demás cualidades que lo adornaron en vida para que sirvan de enseñanza á las generaciones futuras, vamos á dedicar algunas líneas al General cuyo nombre está en el encabezamiento.

La cualidad dominante de su carácter fué la modestia, aparte de que también era valiente, bondadoso y sufrido.

No puede decirse que fué un militar con gran instrucción porque nació en una época no muy propicia, en nuestra Patria, para los estudios; pero sí puede asegurarse que tenía sólidos conocimientos, que leía bastante y seguía los adelantos de que á diario dan cuenta en la prensa del mundo civilizado.

El año de 1853 comienza en la guarnición de Escuintla á las órdenes del Corregidor Don José María Mollinedo sus servicios como soldado, tomando parte el año siguiente en la persecución de los célebres Lucíos, los vendeanos y chuanes de Guatemala, por las fuerzas del Gobierno en cuya expedición supo cumplír con su deber.

Ya el año de 1856 lo tenemos hecho Sargento y como tal marchó con las tropas guatemaltecas á la célebre guerra nacional sostenida en Nicaragua contra el filibustero Walker y en la que todos los estados haciendo á un lado sus rencillas se juntan para combatir al enemigo común. Guatemala dejó bien puesto su nombre peleando con denuedo, entre otros combates, en los de Rivas y San Jorge en los que se halló el entonces sargento Orantes.

Ya como Sub-Teniente marchó el año de 1863 á la primera campaña contra El Salvador asistiendo al hecho de armas de Coatepeque y en la segunda campaña, en que también estuvo presente, tomó parte en las acciones de Santa Ana, Chalatenango, Milingo, sitio de la ciudad de San Salvador y otras en

que demostró valor, disciplina y constancia en soportar las privaciones que tanto sufren nuestros ejércitos en campaña.

De regreso de estas expediciones prestó sus servicios en el Fuerte de San José y Batallón Canales y el año de 76 también asistió á la campaña contra El Salvador, hallándose en la acción memorable de Pasaquina.

Del 77 al 83 obtuvo los ascensos de Capitán, Comandante y Tte. Coronel y el año de 1886 siendo ya Coronel fué nombrado Mayor de Plaza de la Capital.

En abril de 1889 ya ostentaba las charreteras de Brigadier y por su carácter serio y pundonoroso fué nombrado primer Designado á la Presidencia de la República y más tarde segundo Designado en varios períodos.

En 1890 nombrósele interinamente Srio. de Estado en el Despacho de la Guerra que desempeñó por tres meses, habiendo servido así mismo la Subsecretaría, también con carácter de interinadad.

En 1892 fué nombrado Jefe de Estado Mayor del Presidente de la República y ascendido á Gral. de División en 1898.

En 1899 se le designó para el honroso puesto de Mayor General del Ejército el que desempeñó hasta el día de su muerte acaecida el 6 de septiembre de 1909.

Fué además Diputado á varias Asambleas.

Como no tratamos de escribir una biografía no lo seguimos paso á paso en los distintos puestos en que sirvió á la Nación, pero por lo poco que hemos relatado se verá que sus servicios fueron múltiples y distinguidos, en varios departamentos, y, que su Hoja Matriz es de las más extensas y variadas habiendo estado en casi todos los empleos de la gerarquía Militar

El actual Jefe del Ejecutivo justiciero como ninguno con los que han servido á la Patria con lealtad y desinterés, dispuso que se le formara un Album de recuerdos al militar pundonoroso que amó y sirvió con gusto á Guatemala.

Cuando recordamos la manera como daba sus órdenes se nos viene á la imaginación, sin quererlo, compararlo con ciertos militares que piensan que el respeto se infunde empleando un lenguaje altanero y ajando la dignidad del inferior. No, se equivocan mucho los que tal piensan, porque también el Jefe debe observar cierta conducta para que se le respete como es debido.

Tampoco se crea que aprobamos la conducta de los que se van por el extremo opuesto y con desdoro de sus galones tienen familiaridades reprensibles con sus subalternos. Nada de eso; seriedad sin orgullo, rijidez sin atropellamiento y entereza y rectitud en las órdenes pero sin exaltación y con decencia.

Ya dijimos que el General Orantes no fué un militar al que pudiera llamarse instruído, pero la práctica le enseñó y comprendió por intuición que para mandar no se necesita deprimir al que va dirijida la orden. Supo pues hacerse obedecer.

Vaya este pequeño recuerdo á la tumba del veterano militar á quien como dice un biógrafo del meritísimo escritor Irisarri "hasta á la muerte le costó vencer."

Chimaltenango, diciembre de 1909.

FELIPE S. PEREIRA.

A la buena memoria
del General Don
Vicente Orantes

PARA ENALTECER tu nombre con las misteriosas armonías que arrullan el sueño de la muerte, basta tributar un recuerdo cariñoso á tu vida de patriota desinteresado, de militar valiente, de ciudadano modesto, íntegro y amantísimo del suelo que te vió nacer.

Cuando en tu risueña juventud expasiste muchas veces tu existencia como soldado, defendiendo la integridad y el decoro de Guatemala, que los odios provinciales pretendían mancillar, recogías una corona de laurel, sentías palpitar de dicha tu alma, y en tu corazón quedaba el íntimo goce del deber cumplido. Cuando ganaste uno á uno tus grados militares, sin lisonja y sin intriga, no envenenó la vanidad tu noble pecho, ni te tornaste en déspota. Cuando el trabajo constante de largos años de servicio activo debilitaron tus fuerzas, no sucumbiste ni al dolor ni al desengaño.

Puntual, digno, observante de toda obligación, atravesaste sereno el puente que separa la vida del sepulcro, con entereza, sin lamento alguno, llevando tranquilidad en tu conciencia, hartos dolores en tu corazón. y un nombre honrado, digno de imitarse como marcial enseñanza. Fuiste sencillo, verídico, afectuoso, recto y digno.

¡Descansa en paz!.... ya que en esta vida incomprensible somos juguete del capricho del destino. Si una capa de ceniza, saturada de penas, nos cubre desde que nacemos; si mientras más vivimos crecen más los desengaños, dichoso tú, que recorriste con brío el áspero camino, para llegar al fin á la posada en que iremos todos á dormir la última noche.

¡A tu buena memoria consagro este sincero recuerdo, que lleva el perfume de la amistad y el testimonio de cívica admiración!

A. BATRES JÁUREGUI.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

General Vicente Orantes

NO HAY amistad más firme é imperecedera, que la que se estrecha ante el peligro, ni vínculo más sagrado que el contraído cuando se juega la vida en defensa de la Patria.

Nos entristece el silencio de las tumbas y nos abruma el recuerdo de los que fueron, por que quizás no queremos entender que solo en la muerte se encuentra el descanso eterno y que allí concluyen las humanas miserias.

Si la muerte es un bien, nunca la queremos para los que son útiles á la familia, á la sociedad y á la Patria, talvez no por egoismo, sino por el exceso de nuestros afectos, y esto mismo sucede cuando lamentamos la ausencia eterna del veterano integérrimo y militar pundonoroso General de División Don Vicente Orantes que me honró con su amistad y con quien más de una vez compartí las privaciones del vivac.

Como coterráneo, como amigo y como compañero de armas, pude apreciar las relevantes prendas, los méritos y virtudes de tan distinguido patriota; y sus altos y significativos servicios á la Patria están escritos en limpia hoja como testimonio de lealtad y civismo y monumento de sus proezas en aras de la gran causa de la Libertad y la Democracia.

Prolijo sería enumerar todas las acciones y empresas realizadas por el General Orantes en su dilatada carrera, y mi pluma carece de competencia para reseñar brillantemente la vida de aquel valiente soldado que siempre fué modelo de abnegación y lealtad.

La muerte del ameritado General Orantes que constituye una pérdida sensible para la Patria, tiene hondamente afectados mis sentimientos de correligionario y amigo y ojalá que yo pudiera dejar consignada una frase digna de su memoria y sus virtudes á más de una lágrima de cariño y simpatía sobre su huesa funeraria que es cuanto puede la impotencia y el dolor de quien sabe apreciar cuanto vale un viejo soldado del Ejército Guatemalteco.

CRUZ ARANA.

Para el Album del Señor General Don Vicente Orantes

Hoy cumpliría ochenta años el General Orantes. Como una significativa demostración de alto aprecio y de justo homenaje á los indiscutibles méritos de aquel leal y valiente servidor de la Patria, el Jefe Supremo del Ejército y Presidente Constitucional de la República, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, dispuso consagrar á su memoria un álbum, dignándose invitar para que escribieran en él á varias personas, entre las cuales figura el autor de las presentes líneas.

Gustoso acepté tan bondadosa invitación, así por las consideraciones y respeto que debo al ilustre invitante, como por el aprecio y el afecto que me inspiró el Señor Orantes quien, sobre haberme distinguido con singulares muestras de su estimación, fué uno de los más consecuentes y cariñosos amigos de mi padre.

Siento por estos motivos, no poder rehacer la oración fúnebre que por encargo del Supremo Gobierno y en su nombre, pronuncié en el acto de la inhumación del cadáver del Señor Orantes, y siento mucho también el no poder escribir una biografía suya, por carecer de los datos y del tiempo necesarios; pero en cambio, estoy seguro de que en el presente album la habrán escrito distinguidas personalidades de reconocida nota.

Me limitaré pues, hacer algunas reminicencias de las más importantes y memorables acciones de armas en las que tomó parte aquel distinguido militar.

* * *

Había llegado á su período verdaderamente crítico la terrible lucha sostenida por los ejércitos aliados de Centro América contra el audaz filibustero William Walker quien, al mando de una falange de americanos enganchados en los Estados del Sur de Norte América, logró adueñarse del territorio de Nicaragua, y por medio de una farsa electoral, se hizo nombrar Presidente de aquella República.

A principios del año de 1857, Walker se hallaba en una situación verdaderamente crítica. No pudiendo sostenerse en la Ciudad de Granada, en donde tenía el Centro de lo que él lla-

maba su gobierno, la había evacuado desde noviembre de 1856, dando órdenes á su segundo, el Mayor General O. Henningsen de destruir aquella hermosa Ciudad á la cual amaban con delirio los granadinos, como se ama á una madre, según la frase del mismo Walker.

O. Henningsen, después de un largo y penoso sitio, durante el cual hizo prodigios de valor, de abnegación y de energía, dignos de una causa menos injusta y condenada por la civilización; después de haber sacrificado más de la mitad de sus fuerzas, entre las cuales se cuentan los setenta americanos que encerrados en la iglesia de Guadalupe, prefirieron morir carbonizados antes que rendirse, no obstante que se les brindaba con una rendición honrosa y con todo género de garantías; después de haber incendiado casi por completo la Ciudad indefensa, logró romper la línea de los aliados y ponerse á salvo en los vapores del lago que Walker personalmente había conducido para salvarlo.

Los que se llamaban regeneradores de nuestra raza y que para regenerarla decretaban la esclavitud, usurpaban nuestro territorio y distribuían las obras durante largos años conservadas y mantenidas cuidadosamente, no vacilaron en ofender los fueros más sagrados de un pueblo libre y soberano, y para escarnio de la civilización, clavaron, antes de su salida, sobre la playa del gran Lago, una lanza con esta famosa inscripción: "Aquí fué Granada," triste remedo de lo que nos refiere la Historia de un Gran Pueblo de la antigüedad.

Y para colmo de temeridad y de impudicia, dignas de la execración de todo hombre honrado, Henningsen escribió el siguiente parte dirigido al Jefe de la falange filibustera: "Señor: En la tarde del 22 de noviembre de 1856, tomé posesión del mando de la ciudad y fuerzas de Granada. Sus órdenes fueron destruir á Granada y evacuar la Ciudad con todos los almacenes, artillería, enfermos, soldados y familias americanas y nativas. Su orden ha sido obedecida. Granada ha dejado de existir".

Esta era la regeneración que nos prometían aquellos hombres indignos de llamarse hijos y ciudadanos de la Gran República, cuyo Gobierno y cuyo pueblo no pudieron menos de condenar aquellos actos de incalificable vandalismo.

Después de la evacuación de Granada, Walker fijó su Cuartel General en Rivas, mientras tanto que los aliados ocuparon el pueblo de San Jorge, con la intención de sitiar aquella plaza.

La situación de Walker era sumamente crítica, como ya hemos dicho. Sus fuerzas estaban reducidas á poco más de cuatrocientos hombres y esperaba con ansia la llegada de 200

que Lockidge debía conducir por el río San Juan al Lago, é incorporarlos al Cuartel General.

Entre tanto, Walker hizo dos salidas y dió dos asaltos á San Jorge; pero sin resultados favorables para él.

No obstante lo inútil de aquellas tentativas, Walker dispuso dar un nuevo asalto general á las posiciones ocupadas por los aliados, y al efecto, la noche del 15 de marzo de 1857; partió de Rivas con dirección á San Jorge, al frente 400 hombres, con varias piezas de artillería y un escuadrón de caballería recientemente organizado.

Antes de las cuatro de la mañana, Henningsen, que iba al mando de la artillería, la colocó en posición, frente á una pequeña iglesia situada al Occidente de la plaza de San Jorge, y desde la cual Walker en persona, debía dirigir el combate.

Al amanecer del 16, el estruendo de los cañones y los tiros de rifle disparados sobre las fortificaciones de los aliados, anunciaron á estos la proximidad del enemigo.

Al instante todos acuden á la defensa y el combate se generaliza sosteniéndose por ambas partes sin interrupción.

En pocas horas, Walker hizo lanzar á la plaza y sobre las trincheras, más de 400 balas de cañón y ochenta granadas, sin que los Centro Americanos cediesen un palmo á los filibusteros.

Entre tanto, el General Máximo Jerez había salido de San Jorge con quinientos hombres y logrado ocupar una hacienda llamada "de las Cuatro Esquinas", sita en el camino real que conduce de aquel pueblo á Rivas y distante de las fortificaciones construidas por los americanos en esta Ciudad, como 300 varas.

El General en Jefe, Xatruch, había ordenado á Jerez que mandara una parte de su fuerza para atacar á los asaltantes por retaguardía, y como á las once del día se oyó por los aliados el fuego que anunciaba que Jerez estaba cumpliendo con su deber.

En el acto dispuso Xatruch que saliese por uno de los flancos una companía de Guatemaltecos para llamar la atención de Walker, confiándose el mando de esta fuerza al Teniente Coronel Joaquín Cabrera, quien al decir del Historiador don Jerónimo Pérez "era el Jefe más acreditado del Ejército Guatemalteco".

Ciento treinta y cinco hombres escogidos entre lo mejor de la División Zavala, marchan sigilosamente á la izquierda de la posición ocupada por Walker y al llegar á distancia de unas varas, rompen el fuego, avanzando en seguida, pues los rifles Minié de los americanos, de mayor alcance que sus fusiles, y diestramente manejados por los filibusteros, obligaban casi siempre á nuestros soldados á lanzarse á la bayoneta.

Los americanos que estaban prevenidos, contestaron con un fuego nutrido y en pocos minutos el campo ocupado por los guatemaltecos quedó cubierto de cadáveres, pues al mismo tiempo que los acribillaba el 2º de Rifleros comandado por el Mayor Lewis, Tuker lanzaba contra ellos algunas granadas que los destrozaban.

Eso no obstante, aquellos valientes se hubieran sostenido, pero una bala de rifle hiere mortalmente al Coronel Cabrera; y al ver caer á su Jefe, los Guatemaltecos se desaniman y retroceden para recojer sus heridos y sus muertos.

Entre los pocos héroes que sobrevivieron á aquel atrevido ataque, cuyos resultados fueron funestos para los guatemaltecos, se encontraba un joven de elevada estatura, robusto, de ojos negros, grandes y rasgados, nariz aguileña, cabello y bigote negros. Tenía el rostro cubierto de polvo y la boca negra de tanto romper cartuchos de pólvora con los dientes. Ostentaba en las mangas de su chaqueta las vueltas de Sargento 2º, y empuñaba una daga con la mano izquierda, sosteniendo con la derecha un fusil de los llamados Camollanas.

Todos sus compañeros habían admirado el valor y arrojo de aquel Sargento cuyo nombre era ya popular entre sus compatriotas: llamábase Vicente Orantes y pertenecía á los "Canales" de la División Zavala. Habíase embarcado con el Ejército Guatemalteco para tomar parte en la defensa de Nicaragua, en donde se combatió por la sacrosanta y hermosa causa de la autonomía é independencia de Centro América.

Las pérdidas de los aliados en la acción del 16 de marzo fueron considerables, pues según los datos consignados por Walker, exedieron de 700 entre muertos y heridos.

Los filibusteros tuvieron también algunas bajas de importancia, entre las cuales cita Walker la del Mayor Lewis que tantos daños causara con sus rifles á los guatemaltecos y quien cayó mortalmente herido por una bala de fusil que le atravesó el pecho. Sus últimas palabras fueron estas: "decid á mi madre que muero como siempre he deseado morir".

Transcurrieron algunos días, durante los cuales Walker, debilitado por las pérdidas de los falanginos en la batalla de San Jorge, por las deserciones casi diarias y por la falta de víveres, se encontró en el mayor conflicto que pudiera haberle ocurrido.

La escasez de alimentos era tan grande, que el mismo Mayor General O. Henningsen, después de haber hecho una larga y fatigosa jornada en su mula, hubo de sacrificarla para distribuir con su carne algunas raciones á las tropas.

El hospital se hallaba lleno de heridos y de enfermos.

Pero Walker, aunque estaba convencido de que no podría resistir mucho tiempo, rechazaba toda propuesta de capitulación.

Entre tanto, ingresó al Cuartel General de los aliados el General don J. Joaquín Mora, con quinientos hombres de refuerzo.

Desde el día que siguió á la batalla de San Jorge, los centroamericanos ocuparon "Las Cuatro Esquinas" de que hemos hecho mención, y comenzaron á fortificarse, colocando en batería algunas piezas, con las cuales muy á menudo procuraron hacer daño á los falanginos: pero sin lograr desalojarlos de sus posiciones.

Nombrado Mora General en Jefe, por los Gobiernos de Centro América, dispuso dar un asalto á la ciudad de Rivas, con la esperanza de apoderarse de ella: y fijó para la batalla el once de abril, con el objeto de conmemorar la del año anterior en la que él había tomado parte, pareciéndole además, de muy buen augurio, al General en Jefe, la coincidencia de que el once de abril era "Sábado de Gloria".

Con tales preocupacíones, Mora no quiso atender las observaciones que le hicieron Xatruch, Martínez y otros Jefes, quienes creían inconveniente é innecesario aquel asalto: ya que, debilitándose los sitiados de día en día por las bajas que la fiebre y el hambre nacía en sus filas, era natural esperar que capitulasen dentro de poco tiempo.

"No los he llamado á ustedes, les dijo Mora, para discutir si se dá ó no la batalla, sino para que convengamos en la manera de darla."

En consecuencia, se dispuso que una columna de Guatemaltecos, al mando del Coronel don Mariano Villalobos, operase al Norte de las fortificaciones de la plaza y que á la señal dada por un disparo de cañón, atacaran los Costarricenses por el Sur.

Los guatemaltecos, con su arrojo é imprudentemente dirigidos por sus oficiales, se expusieron á los fuegos enemigos á una distancia de sesenta varas de las fortificaciones ocupadas por los filibusteros Mc. Eachin y Mc. Michael, cuyas tropas les hacían un fuego mortífero, al extremo de que, según dice Walker en sus memorias, cuando los imprudentes oficiales retiraron á los guatemaltecos, á quienes habían obligado á atacar en masa, "quedó el suelo literalmente cubierto de cadáveres y heridos".

El Sargento 2º Orantes se batió aquel día bizarramente, y por su comportamiento digno de todo elogio, ganó el nombramiento de *Sargento Primero*.

Los costarricenses por el Sur no fueron más afortunados que los guatemaltecos por el Norte, y después de cuatro horas

de inútil y sangrienta lucha, Mora se convenció de que le sería imposible tomar por asalto la plaza de Rivas, y ordenó la concentración de todo el ejército á sus anteriores posiciones.

Así fué como aquel SÁBADO DE GLORIA, en el que Mora esperaba obtener ruidoso y definitivo triunfo, convirtióse en día de duelo por las numerosas pérdidas sufridas y por el natural desaliento que produce la derrota.

* * *

De junio de 1857 á 1861, es decir, durante cinco años, don Vicente Orantes se mantuvo en contínua actividad en la persecución de las facciones acaudilladas por Valentín Alvarez, tomando parte en las acciones de Parga y Mataquescuintla.

El 17 de enero de 1863, Orantes fué ascendido á Subteniente graduado, y el 23 y 24 del mismo, asistía á la famosa batalla de Coatepeqne, en la cual el ejército del General Carrera, después de reñida lucha, se declaró en derrota, evacuando el territorio salvadoreño.

Reanudada la guerra, é invadido de nuevo El Salvador, en junio del mismo año, Orantes tomó parte en la batalla de Santa Ana en la que Carrera derrotó al General González, quien el 30 de aquel mes se había pronunciado contra su Jefe, el General Barrios, proclamándose Presidente de la República.

Después de esto, asistió á las acciones de armas de Chalatenango, Suyapango, Milingo, Sitio de San Salvador, Llano de Angel, Hacienda San José y Guayabal, obteniendo en diciembre del repetido año, por sus servicios y buen comportamiento el ascenso á Subteniente efectivo.

Declarada la guerra al Salvador en 1876, Orantes marchó al mando de la Segunda Compañía del Batallón Canales, con la columna que debía operar en territorio hondureño, é invadir los departamentos Orientales del Salvador. Esta columna iba al mando del General don Gregorio Solares, y se unió para proceder en combinación con las fuerzas del General Miranda.

El día 17 de abril, se encontraron las fuerzas del General Solares con la división salvadoreña que al mando del General Delgado había marchado para impedir su avance, y en el acto entablose un fuerte tiroteo que duró todo aquel día. En esta acción encontró gloriosa muerte Delgado, y la columna salvadoreña fué desalojada de sus posiciones; pero reforzada á tiempo por la División del General Berríos, las recobró el 18 y después de un reñido combate que duró hasta el 19, las fuerzas salvadoreñas se declararon en derrota y contra-marcharon para la ciudad de San Miguel.

Durante aquella acción el entonces Teniente Orantes dió muestras inequívocas de ser un brillante oficial, así por su valor y serenidad en el combate, como por su rectitud y su pericia militar.

La acción de Pasaquina influyó eficazmente en la conclusión de la guerra, pues González comprendió que le sería imposible resistir más tiempo al General Barrios, que había ocupado Apaneca y se hallaba al frente de Ahuachapán; y á Solares que marchaba sobre los Departamentos Orientales de la República.

Tales son las principales acciones de armas á que asistió el valiente militar á quien venimos refiriéndonos; y en cuanto á sus servicios durante la paz, fueron numerosos é importantes, como puede verse de la hoja respectiva.

En síntesis pueden enumerarse así: Comandante del Batallón Canales, Comandante del Castillo de San José, en varias épocas distintas y durante algunos años; Comandante del Batallón número 2, Mayor de Plaza de la Capital, Sub-Secretario interino de la Guerra, Secretario también interino del mismo Despacho y finalmente Mayor General del Ejército, cuyo cargo desempeñaba hasta su fallecimiento.

Además de aquellos cargos desempeñó otros de importancia, como el de Diputado en varias Legislaturas, Vocal de la Corte Marcial y del Supremo Consejo de la Guerra, Designado á la Presidencia de la República y Presidente del Cuerpo Consultivo de Guerra y de la Comisión Revisora de hojas de servicios.

Para concluir las presentes líneas, permítaseme que refiera una ligera anécdota:

Nos encontrábamos en el Templo de Minerva, un hermoso día de octubre, en que tenían lugar las espléndidas fiestas consagradas á la juventud estudiosa.

El puesto de honor lo ocupaba, como era natural, el Jefe de la Nación. A su derecha y á su izquierda se hallaban los Presidentes de los Poderes, y alternando con los Secretarios del Despacho, los distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático.

Allí se encontraba también representada toda la sociedad, la ciencia, las artes, las industrias. Más de tres mil alumnos de las escuelas públicas, llenaban el espacio del Templo de la Sabiduría.

De un grupo de militares se separa un General vestido de gala. Avanza hacia una compañía infantil que en rigurosa formación tiene las armas presentadas.

Uno de aquellos pequeños soldados ha sido elegido por su notable comportamiento en su escuela, para ser el portador, durante un año, del Pabellón Nacional.

El Jefe militar á que me he referido, después de una breve alocución, pronunciada con voz trémula, sin duda por lo solemne de las circunstancias, toma de manos del alumno la bandera enrollada, la despliega, y colocándola de nuevo en las manos del alumno, dice poco más ó menos las siguientes palabras: "Limpia os la entrego, como hasta hoy se ha mantenido; defendedla hasta dar por ella la vida, si fuere necesario, como cumple á todo guatemalteco que quiera merecer el título de ciudadano".

El Himno de la Patria resonó entonces, entre los aplausos de los espectadores.

Profundamente conmovido dirigí la mirada hacia el militar á quien he aludido, y pude conocer que era el Mayor General del Ejército. El mismo que con el nombramiento de Sargento, en 1856 y 57, había expuesto bizarramente la vida en combates memorables, por la más hermosa y digna de las causas: la Autonomía y la Independencia de Centro América.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

José A. Beteta.

A la memoria del General Orantes

Dichosos los hombres que, después de haber prestado sus servicios patrióticos á un Gobierno constituido, descienden á la última morada, donde desaparecen gerarquías de toda especie, á disfrutar del sueño eterno, de la tranquilidad propia del que en vida supo cumplir como leal soldado, con los sagrados deberes que su hermosa institución le impusiera, para legar á las generaciones un nombre sin mancha y un sendero ejemplar á la humanidad. Dichosos los que, como el General Orantes, desaparecen del escenario de la vida, sin dejar huellas que puedan empañar su memoria, cuya sola evocación inspira respeto y cariño.

Modelo aquel distinguido Jefe, de pundonor y disciplina, demostró siempre un carácter firme en el cumplimiento de sus deberes y para arrostrar con ánimo sereno todas las contrariedades que ofrece la vida, siendo de este un ejemplo el estoicismo con que sobrellevó los sufrimientos en su última y dolorosa enfermedad.

Todo en el General Orantes indicaba su carácter viríl, su honradez y lealtad inconmovibles, con una moderación y una modestia que le atraían las simpatías de todos los círculos sociales. El Señor Presidente de la República, inspirado por su alto espíritu de justicia y atento siempre á su anhelo por significar la estimación de su Gobierno hacia los buenos servidores de la patria, ha dispuesto la publicación de este album, obra á que el subscrito tiene el placer de cooperar con estos cortos pensamientos en honor del inolvidable y bizarro General.

Ya duerme en paz el que en más de una campaña blandiera enérgicamente su sable en pro del deber, conquistándose el limpio nombre que hoy veneramos los que tuvimos la satisfacción de tratarlo y de merecer su estimación. ¡Que su sueño jamás sea turbado, y que el cariño de sus amigos mantenga siempre vivas y lozanas las flores de su tumba!

¡Descanse en paz el General Orantes, y viva su recuerdo en el Ejército, como ejemplo de honradez, de valor, de integridad y pundonor!

Guatemala, enero de 1910.

M. Serrano M.

Muy atenta comunicación me dirigió don Canuto Castillo, en nombre del señor Presidente de la República, para que escriba un artículo ó pensamiento alusivo á las virtudes que adornaron en vida al ameritado General don Vicente Orantes, para el álbum de recuerdos de sus amigos, que se le dedicará el 22 del corriente, LXXX aniversario de su nacimiento. ¡Cómo deploro en estos casos el no ser escritor, filósoso, literato, profundo pensador, para corresponder brillantemente á una de esas invitaciones que dirige el señor Presidente, Licenciado don Manuel Estrada C., que tantas veces han revelado su deseo constante y su propósito, laudable por extremo, de perpetuar, de glorificar y de enaltecer la memoria de los hombres ilustres que por cualquier motivo han sobresalido, ó que, con buena voluntad y honradez se han dedicado al servicio de la Patria. Sí; para unos el templo de Minerva; para otros, los honores, los recuerdos imperecederos, las consideraciones á sus hijos, á sus viudas. Esa conducta debió haberse seguido siempre y así no habrían pasado obscuros, olvidados, inadvertidos tantos hombres patriotas, talentosos é ilustrados que llenarían la historia de nuestras ciencias y literatura y servirían de constante y fecundo ejemplo para la juventud á quien se enseña mucho más con el ejemplo que con las palabras y los discursos académicos. El padre de familia, el sacerdote, el empleado público, el gobernante, que tienen la obligación de educar, respectivamente, á los hijos, á los creyentes y á los pueblos, han de comenzar su gran obra, por tener una conducta intachable, por observar la moral, por practicar las virtudes, por llegar hasta el heroismo, si es posible, para que nadie tenga motivo de decirles: "tú haces una cosa y enseñas otra, y, para ser lógicos, debemos creer lo que haces y no lo que dices". Es ya un axioma histórico la influencia decisiva que ejercen en la marcha y civilización de los pueblos, las virtudes y el talento de los mandatarios y las de ese conjunto de hombres que forman el elemento intelectual y director de las naciones, ó sea la única aristocracia que puede sostenerse hoy, después de los triunfos de la democracia.

Digno de que su memoria no perezca fué el humilde y modesto General don Vicente Orantes, con cuya amistad me sentí siempre muy honrado. Nació el año 1830 y falleció á los

79 años de edad. Luchó con mil vicisitudes, con las penalidades y con la desgracia, sin perder jamás la serenidad, la entereza y el valor. En su hogar doméstico hacía contraste su tolerancia, amabilidad y consideracíón hacia su familia, con su bravura en el combate y con su rectitud y disciplina en el mando. El que trató al General Orantes, de fijo lo estimó y lo quiso y conserva de él un grato recuerdo, y muchos gratitud. No he oído hasta hoy una persona que censure á Orantes ó que le impute algo que manche su memoria. La muerte de su mujer y de su hijo Juan, le causaron una impresión tan honda, que conmovido lo vi derramar esas lágrimas candentes que de los ojos de los hombres enérgicos brotan y que revelan un dolor inconmensurable. Podría yo repetir, para ponderar su modestia, lo que un notable orador dijo del inolvidable Francisco Vela: si Orantes me oyera me suplicaría, sonrojado, que callara; que me limitara á cultivar su amistad y que nada dijera en su elogio; tanta era su modestia.

Cuanto se ha dicho del ilustre General don Luis Molina, podría decirse, poco más ó menos, del General Orantes, porque fueron dos hombres que, además del vínculo de su sincera amistad, tuvieron muchos puntos de contacto, ya en la prosperidad, ya en la desgracia.

Larga y muy penosa fué también la carrera militar del General Orantes, y ningún grado lo obtuvo por favor, de improviso, ó sin merecerlo. Por el contrario, recorrió grado por grado, la antigua escala de ascensos, de graduados y efectivos. En el año 1853 entró en el ejército como soldado raso. A los pocos meses asciende á cabo 2º A los tres á cabo 1º A los cuatro á sargento 2º A los seis á sargento 1º, y *con esa clase permanece cinco años tres meses.* Fué subteniente graduado tres meses, efectivo un año y unos meses. Teniente graduado de artillería, cinco años y nueve meses. Capitán efectivo, un año. Comandante primero, cuatro años. Teniente Coronel, dos años. Coronel de infantería, tres años y unos meses. General de Brigada; ocho años, once meses y veintiocho días. Por último, el señor Presidente de la República, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, siempre justo para con los jefes y deseando premiar los dilatados servicios del Brigadier Orantes, lo propuso y lo recomendó á la Asamblea Nacional Legislativa, para que fuera promovido al supremo grado del ejército entre nosotros: al de General de División. Yo era entonces miembro de la Comisión de Guerra, y si no me engaña mi memoria, me tocó en suerte redactar el dictamen correspondiente. La Asamblea no discutió el voto de la Comisión; con marcadas muestras de entusiasmo y de asentimiento y casi por aclamación, ascendió al General Orantes al grado mencionado; y

cuando yo le referí lo acontecido en la Asamblea, me contestó, lloroso y vivamente emocionado: gracias, mil gracias, no merezco tanto.

Se comprenderá, sin que yo lo diga, que el General Orantes se enfrentó con la muerte varias veces. En 1856 marchó á Nicaragua á defender la integridad de Centro América y soportó la penosa campaña contra los filibusteros, en la cual las balas y el cólera morbus, diezmaron nuestras fuerzas. Asistió á las acciones de guerra de Rivas y San Jorge. De 1857 á 1861 permaneció combatiendo á los facciosos rebelados contra el gobierno; y los militares saben cuán fatigoso y difícil era entonces el servicio y las maniobras luchando contra guerrilleros audaces y experimentados, de una guerra que hemos llamado "de montaña", algo parecida á la de la Vandé, sofocada por el bizarro General Hoch, y á la de los Boers. En 1863 marchó como Capitán de la Primera Compañía del valiente Batallón Canales á la campaña contra El Salvador y tomó parte en la memorable batalla de Coatepeque. En el mismo año y para reivindicar el honor de las armas de Guatemala, vuelve en las filas contra El Salvador y pelea en Santa Ana, en Chalatenango, en Suyapango, en Milingo y en el largo sitio de la capital del Salvador. En 1876 se bate con denuedo en la reñida batalla de Pasaquina que decidió la victoria del ejército de Guatemala. En pocas palabras, Orantes asistió á innumerables escaramuzas, á hechos de armas, á varias acciones de guerra y á algunas batallas. Así se forman los militares que merecen respeto, que saben dirigir y que á fuerza de peligros, aprenden á triunfar. Acerca de los que no han tenido la oportunidad de recorrer ese camino, hay que suspender el juicio para cuando llegue la ocasión de emitirlo. Las circunstancias hacen aparecer hombres cuyos méritos ni se sospechan ni se conocen. Y á pesar de sus años y de los quebrantos de su salud, el General Orantes, cuando se movilizaban las fuerzas y el peligro amenazaba, henchido de un ardor juvenil, el antiguo león despertaba, sacudía la encrespada melena y exclamaba: "Ah! sólo la disciplina me retiene en esta ciudad: yo deseo con vehemencia que me manden al combate, á la línea de fuego; qué mayor gloria que morir allí!" Y el pacífico, y el moderado Orantes se transformaba, sus ojos brillaban, sus mejillas se enrojecían y su actitud se tornaba bélica. Su tiempo de servicios casi sin interrupción, monta á la respetable suma de *cincuenta y tres años, un mes y diecisiete días.* Y es muy de notarse que el General Orantes sirvió la mayor parte del tiempo en aquellaas épocas calamitosas para el ejército.

Entonces no se tenía ni noción de ese importante cuerpo auxiliar que se llama la Administración militar. Las armas de

infantería, de pedernal primero, y después de fulminante, eran muy imperfectas: la artillería de bala esférica, de cañones sin estrías, era inadecuada para iniciar y fenecer las batallas y para preparar los asaltos; la lucha era más personal que hoy; los ataques á la bayoneta más frecuentes y los asaltos más difíciles. Cómo hemos de extrañar que Orantes fuera sino un jefe de notable talento é instrucción, si muy experimentado y práctico en la guerra y conocedor de la táctica especial que exigen la topografía de nuestro suelo y la índole particular de nuestros soldados. Y sobre todo eso hay algo que llama la atención: Durante el largo servicio del General Orantes y á pesar de las diversas situaciones en que se encontró, la más minuciosa indagación no ha descubierto que se le impusiera un sólo arresto ni una pena disciplinaria. Siempre oí al General Orantes predicar el respeto á las autoridades y la fidelidad al Gobierno legalmente constituído, que era su consigna. Comprendía bien la alta misión del ejército y la cumplía. La noche horrible y aciaga del 9 de febrero de 1898 en la que los militares traidores tanto abusaron de la disciplina, de la credulidad y de la sencillez de los subalternos; en aquella noche, que ojalá pudiéramos borrar de nuestra historia, en la que por poco sucumben las instituciones; en la que se perpetraron asesinatos horrorosos; el General Orantes era el Gobernador del Fuerte de San José. A sus inmediaciones llegó un Jefe traidor á seducirlo, y Orantes, indignado, lo rechazó obedeciendo las órdenes que con tanta oportunidad como calma, había impartido el señor Presidente de la República. ¡Rara coincidencia! En ese mismo Fuerte y algunos años antes había recibido, el entonces coronel Vicente Orantes, siendo Mayor del Fuerte y Comandante el Coronel y doctor don Francisco Anguiano, las felicitaciones que el inmortal Justo Rufino Barrios les dirigió á ambos, por el acierto, la pureza y la honradez con que habían manejado los caudales del Cuerpo de su mando.

No faltaron honores civiles y militares al Gral. Orantes. En el año 1865 se le concedió la "Cruz de Honor," por las anteriores campañas. En 1906 se le otorgó una condecoración, por los servicios prestados en la Mayoría del Ejército. Fué además: Capitán de compañía; Comandante de batallón; Mayor de Plaza; Comandante de Armas; Gobernador del Castillo; Jefe de la Plana Mayor del Señor Presidente; Subsecretario y Ministro de la Guerra; Vocal de la Corte Marcial y del Supremo Consejo de la Guerra; diputado á la Asamblea y Designado para la Presidencia. A fin de coronar con brío tan larga carrera, el Señor Presidente lo nombró Mayor General del Ejército; empleo que desempeñó hasta su muerte; es decir, que fué colocado al frente

de uno de los organismos más importantes, al que está afecto el Cuerpo del Estado Mayor que, con razón se le ha llamado "El Cerebro del Ejército", por los problemas técnicos que ha de resolver en paz y en guerra.

Aquí debiera terminar este desatinado articulejo, pero no puedo prescindir de agregar algo más. Hacinar hechos, referir las acciones de los hombres sin deducir consecuencias, sin emplear la inducción para remontarse á los principios filosóficos que gobiernan los acontecimientos y que establecen sus leyes, es imposible. Con la escuela de los estadísticos que opinan porque se limite la ciencia á acumular datos sin raciocinar y dar vuelo á la inteligencia, serían inútiles dos de las ciencias más importantes hoy; la Sociología y la Filosofía de la historia. Así como Plutarco escribió su admirable obra "Las Vidas Paralelas de los héroes griegos y romanos" y la sembró de tantas y tan profundas reflexiones, podríamos nosotros, en pequeño, escribir las biografías de algunos de nuestros hombres que, en una y otra esfera, han tenido notables semejanzas. En el orden militar, por ejemplo, los Generales don José Orantes, don Agustín Cuevas, don Serapio Cruz, don Víctor Zavala, don Felipe Cruz, don Luis Beteta, don Luis Molina, don Calixto Mendizabal, don Arcadio Cojulún, don Vicente Orantes y otros que no enumero, se parecieron mucho. Todos ellos honrados, amables, sin vicios, correctos, bien educados, modestos, aguerridos, valientes, leales y patriotas. Cual más cual menos, dedicaron su vida al servicio de su Patria. ¿Y ese conjunto de hombres sería el resultado de la casualidad, de causas misteriosas ó desconocidas? No; fué el fruto opimo de muchas causas: el atavismo, la herencia, el temperamento, la constitución física, el medio ambiente en que se desarrollaron, las ideas, las doctrinas, el ejemplo, y sobre todo, la educación. Por fortuna, no han desaparecido para siempre esos tipos leales y caballerescos: si nos empeñamos en que perduren las causas que los produjeron, volveremos á obtener el mismo valioso y dorado fruto. Que oiga el niño desde temprana edad que el patriotismo es una virtud; que se le graven los principios de la moral más pura; que se le prepare para la lucha por la vida: que se le forme un carácter noble y elevado; que se le enseñen los medios de hacer fortuna *honradamente* y resurjirán los hombres que labran la dicha de las familias y de los pueblos. Esa misión tendrán que realizar los padres, los maestros y las escuelas prácticas establecidas tan oportunamente. Siempre he considerado como funesta y disociadora la escuela de los que creen que la moral es pasajera, transitoria, convencional, acomodaticia á los intereses y á las pasiones. Sin detenerme, por hoy, á demostrales lo contrario, basta para contestarles, un argumento *apriori*. A causa de la

limitación de nuestra inteligencia no conocemos los principios absolutos que existen y que gobiernan todo el universo: nos alimentamos de relaciones que son una pequeña fas de esos principios; la verdad no puede ser relativa, ni variable: es, lo que es: sí, pues, la moral es una ciencia, por fuerza ha de tener principios absolutos que no conocemos aún: las diferentes opiniones de los hombres espertos de la moral, en cada una de las épocas históricas, demuestran la vacilación de la inteligencia, sus evoluciones hacia los principios; evoluciones por que han pasado hasta las matemáticas.

Observo al recordar la vida de muchos de esos militares á quienes todos los Gobiernos llamaron y dispensaron su confianza sin reparar en sus opiniones políticas; y ese servicio constante que sería un reproche para los políticos, para los que pertenecen á un partido, para el enjambre de los turiferarios; para los que forman siempre la corte de los Presidentes, cualesquiera que sean sus opiniones; para los que incondicionalmente depositan su personalidad á los pies de los poderosos; es un mérito indiscutible para aquellos, como lo sería para un juez, porque demuestran que eran hombres honrados que comprendían su misión, que conocían sus derechos y que los cumplían sin miramientos ni temores. Otro tanto diría yo de un juez. Desgraciado el país en que la justicia se confunde con la política y se inspire en sus conviniencias. He aquí, pues, cómo el honor se impone, domina, y, en unión de la justicia, del derecho y de la libertad, regula la marcha de las sociedades, que no tienen vida de otro modo. Los que finjen creer lo contrario incurren en flagrantes contradicciones entre lo que dicen y lo que hacen. Si mañana se trata de la suerte de sus hijos ó de administrar sus bienes, no se los entregan al bribón, ni al estafador que les ha servido de cómplice. No; buscan al hombre honrado en quien pueden confiar y así proceden en otros muchos casos que podríamos poner como ejemplo.

Allá en un ricón de mi triste hogar: doblegado pasajeramente por las miserias de los hombres; luchando contra el espantoso desencanto que infunde la fría realidad de las cosas; en esas noches eternas de insomio que marchitan la existencia, suelo entregarme á esas reflexiones que me consuelan, que son un bálsamo que cicatriza las heridas. Ya escucho las irónicas censuras de ciertas gentes que me llamarán viejo rezagado,

extravagante, chapado á la antigua, armatoste que debería figurar en el museo de La Reforma como un monumento arquiológico. Algo de esas murmuraciones ha llegado á mis oídos; murmuraciones que he escuchado con desprecio y que sólo han servido para confirmarme en mis pricipios.

Yo espero que entre la juventud tan brillante que hoy se levanta, en la que abundan los oradores, los literatos, los escritores y los filósofos, haya alguno que escriba la historia militar de Guatemala; que haga de ella una crítica científica y que exhiba á los militares que, como el General Vicente Orantes, han de ser los ejemplos que imiten los hombres que regirán los destinos de esta Patria querida.

Guatemala, 22 de enero de 1910.

VICENTE SÁENZ.

A la memoria
del General Don
Vicente Orantes

LAS FRASES de cariño y de merecida alabanza que hoy se dedican al que en vida fué el General Don Vicente Orantes, son testimonio elocuente de que Guatemala reconoce agradecida los altos méritos de ese preclaro ciudadano, de ese por muchos títulos distinguido Jefe de nuestro valeroso y leal ejército; y al tributarle este sincero y espontáneo homenaje, se revela de manera brillante la mentalidad de nuestra Patria, pues es de pueblos cultos honrar la memoria de aquellos de sus hijos que de alguna manera se hicieron acreedores á su gratitud y reconocimiento.

Que descanse en paz el ilustre veterano y que su larga vida sirva de saludable ejemplo á las nuevas generaciones.

G. AGUIRRE.